



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

Jeff Lassiter

LA CALAVERA DE OLGERD

www.todocoleccion.net

LA CALAVERA DE OLGERD

Jeff Lassiter

EDITORIAL ANDINA, S. A.

© JEFF LASSITER Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID) Director
responsable:

Gregorio Ovejero.

I S. B N. 84-06-03212-X Depósito legal: M. 33.490- 1981

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

ERA un axioma en toda aquella parte de Hordaland que en el Trögnefjord nunca lucía el sol. Razón no les faltaba.

En efecto, el sol no enviaba sus rayos al fondo del Trögnefjord en alrededor de trescientos días cada año. La mitad del resto lo hacía con gran timidez. De ahí que acaso aquel fiordo fuera el más sombrío de toda Noruega. Desde luego el menos habituado.

El Trögnefjord tenía mala fama, eso era todo. Pero no siempre la tuvo. En los antiguos y grandes días, los «jarls» de Trögne tuvieron allí su palacio, de allí partieron con sus largos «drakkars» por el Camino de los Cisnes hacia las cálidas y ricas tierras del Sur, a él volvieron cargados del botín de sus saqueos y con los relatos de espléndidas hazañas.

Pero todo aquello pertenecía al remoto pasado. Ahora el Trögnefjord era un lugar maldito, silencioso, salvaje, señoreado por la niebla, la lluvia y el silencio.

El mar penetraba un par de millas entre altos y sombríos acantilados de los cuales descendían, por sobre negras rocas, colas desflecadas de agua acá y allá. Luego formaba un ensanche con curiosa forma de corazón, con la punta encajada en una entalladura de monte. En realidad, el dibujo geográfico del fiordo semejaba, curiosamente, un miembro viril en erección.

No había otra entrada sino la del agua a Trögnefjord. Por todas partes la montaña caía a plomo sobre el escueto valle, sin dejar la menor posibilidad para un camino hacia el interior de la tierra firme. El bosque, denso y húmedo, tupía las laderas desde el pie de los acantilados hasta la orilla del agua. Sólo en la orilla norte existía un esbozo de llanura, una medialuna de media milla de longitud y apenas un tercio de milla en su parte más ancha. Antaño, aquella pequeña extensión estuvo cultivada y en uno de sus extremos se alzaban las ruinas de la población de Trögne. Al otro, el Castillo de Olgerd.

Nadie era dueño del Trögnefjord. El último que recabó tal propiedad había muerto hacía dos siglos largos. Pasaba de tres desde que los últimos habitantes abandonaron Trögne con decidida intención de no retornar ni aunque les cubrieran de oro la tierra del fiordo. Los pescadores solían penetrar en él, pero únicamente a echar sus redes, sacarlas aprisa, cargadas con abundosa pesca, y alejarse antes de que descendiera la oscuridad. Ni siquiera en los malos días de la guerra tuvo habitantes el Trögnefjord. Los alemanes pusieron una pequeña guarnición, pero duró menos de un mes y no volvieron a enviar otra. Los

resistentes rechazaron la idea de utilizarlo. Cuando un intrépido oficial yanqui decidió aprovecharse de aquel lugar y sus especiales características, menearon la cabeza sombríamente, le dejaron hacer. Cuando aquel oficial y sus ayudantes, no menos intrépidos, obtuvieron lo que se habían buscado, menearon de nuevo la cabeza y olvidaron, decididamente, Trøgnefiord.

Así estaban las cosas aquel día de 1955, cuando el extranjero recaló en Larvik.

Larvik era una tranquila, pequeña población situada en el fiordo de Lagne, más o menos a veinte millas de la boca del Trøgnefiord. Apenas rebasaba los mil habitantes, la inmensa mayoría de los cuales vivían del mar, en el mar, por y para el mar. Casas de tejados rojos y puertas, ventanas, pintadas de amarillo, verde esmeralda, azul; calles limpias, estrechas, descendiendo sobre el embarcadero y el muelle pesquero. Muchos pájaros marinos, bastantes barcas de pesca y un vaporcito que iba a Bergen cada semana, transportando correspondencia, pasajeros y mercaderías. Fuera de algunos huertecillos, no había verdadera agricultura en Larvik ni tampoco posibilidades para ella. Un poco de bosque por donde pudieran pasear los jóvenes enamorados, y jugar los niños.

A Larvik no iban muchos forasteros. Extranjeros, la verdad ninguno. Allí no había nada que pudiera atraer el turismo ni medios de atenderlo. Por eso la aparición de aquel hombre alto, canoso, con aire entre deportivo e intelectual, atrajo vivas curiosidades, especialmente entre el elemento femenino.

Se supo enseguida que se llamaba Nick Warton, que era norteamericano y que venía a pasar una temporada de descanso con objeto de preparar un libro. También parecía no estar casado, que era hombre de gran cultura, al parecer, y muy interesado en las viejas leyendas del país. Por otra parte se mostraba cortés con las mujeres, pagaba sin esfuerzo un trago en la taberna a los hombres, pero sobre sí mismo nada, en realidad, contó, explicó.

En Larvik existía una posada. No era tal, en realidad, sino la casa de la viuda Olson, que alquilaba una o dos habitaciones cuando podía. El señor Warton le tomó una y abonó una semana por anticipado sin rechistar. Tampoco mostró la menor señal de desagrado por las comidas de la señora Olson. Era, desde luego, un caballero, no cabían dudas.

Trabajar, sólo parecía hacerlo a ratos, encerrado en su habitación. Trajo una maleta de cuero llena de viejos libros que al parecer consultaba de manera incesante y escribía con bolígrafo, aunque más bien poco. Lo más del tiempo se lo pasaba charlando con la gente, sobre todo con la de cierta edad. Eso no dejó de

molestar a las muchachas de Larvik, cosa lógica.

Pronto se supo que estaba muy interesado en las historias de vikingos. Según dijo, se proponía escribir un libro sobre ello. No sería el primero. Y en Larvik, como en todo el fiordo de Lägne, si algo abundaba eran historias de tal género, transmitidas de generación en generación, aunque últimamente los modernismos iban arrumbándolas.

Pero cuando el americano habló de Olgerd Erikson la cosa tomó otro cariz.

La primera vez que lo mencionó fue delante del muelle, mientras tomaba el pálido sol de la tarde con un grupo de viejos pescadores retirados.

—He oído contar algo sobre cierto «jarl» vikingo llamado Olgerd Erikson de Trögne. Pero es curioso, por ninguna parte, en las sagas, los Eddas e incluso los libros de historia que he consultado en la Biblioteca Real de Oslo, pude encontrar referencias concretas a él y sus hazañas. Se diría que alguien en algún momento, erradicó cuanto había escrito sobre él...

Los viejos pescadores habían intercambiado rápidas miradas. Y de inmediato se volvieron mudos, en cierto sentido.

—No tengo ni idea de quién pueda ser, en mi vida oí ese nombre. ¿Alguno de vosotros sabe de él?

No sabían nada, absolutamente nada. Y lo dijeron de tal modo que el americano prefirió no insistir.

Pero de inmediato Warton advirtió un cambio en la actitud de las gentes de Larvik hacia él. Simplemente dejaron de ser abiertos, amistosos, de aceptar su tabaco y sus invitaciones. Incluso las muchachas casaderas dejaron de sonreírle promisorias. Como un muro de hielo fino le cercó.

La viuda Olson, cuando iba a terminar aquella semana, le habló con cierta sequedad.

—Lamento decirle que tengo comprometida su habitación para un matrimonio que suele venir todos los años por estas fechas a pasar una temporada...

Warton sabía que estaba mintiendo. Pero se guardó de decírselo. A la sazón ya sabía que cometió una torpeza mencionando tan directamente a Olgerd Erikson. Dijo que por su parte también debía marcharse y notó el alivio de la viuda.

Cuando subió a bordo del barquito que le devolvía a Bergen nadie estaba en el embarcadero para despedirlo. Y eso que apenas una semana antes medio Larvik era amigo suyo. Los hombres y mujeres que estaban viéndole partir, los que iban a viajar con él hasta Bergen, mirábanle ceñudos, casi hostiles.

Y él sabía por qué.

El profesor Bjorson meneó la cabeza, contemplando con fijeza a su visitante.

—En efecto, cometió un error. Debió tener en cuenta que nadie en esa zona le hablaría de Olgerd a un extranjero preguntón.

—La verdad, creí que a estas alturas la gente no tomaría muy en cuenta las viejas leyendas.

—Cuando esas leyendas se han reactivado recientemente, sí. La gente del mar es muy propensa a las supersticiones, señor Warton.

—Sí, ya lo veo.

Caía la tarde y también una lluvia fría, fina, sobre Bergen, pero allí, en el despacho del profesor, se estaba muy bien. Los dos hombres sólo se conocían de nombre, hasta llegar a esta entrevista de ahora. Cada cual procuraba tantear al otro, preguntándose el noruego cuál sería la verdadera intención del americano y éste hasta qué punto se podía confiar en su interlocutor.

—Imagino que por eso me ha visitado...

—En efecto. Usted, si no yerran mis informes, mandó durante algunos meses, en 1943, los grupos de la Resistencia de la región del Lägnefiord...

—Justo cuando ocurrió el asunto del mayor Powers, sí.

—Conozco el informe oficial acerca de la muerte del mayor y su equipo. Allí sólo se habla de «muerte a mano de probables agentes secretos del enemigo».

—Alguna cosa tenía que poner.

—He oído campanas, pero ni muy concretas ni muy dignas de crédito. ¿Es verdad que a todos se les encontró degollados?

—Sí.

—¿En qué forma?

—De un mordisco.

—¿De un mordisco?

—Que les seccionó limpiamente la yugular, o la carótida, o ambas a la vez.

—¿Lobos?

—Nunca los hubo en Trögnefiord. Dentadura humana.

Quedó un breve silencio gélido. Lo rompió Warton, con incredulidad.

—Pero eso no es posible...

—Yo lo vi. Y otros también.

Volvió el silencio. Un silencio incómodo. Warton sacó cigarrillos, encendió uno, fumó...

—Eran cuatro hombres, especialistas en acciones de comando y

espionaje. Estaban bien armados.

—En efecto y los cuatro fueron degollados a dentelladas, sin poder hacer nada, al parecer, para defenderse. Todos tenían la misma mueca de alucinado terror, que nunca olvidaré.

Sonaba metálica, agorera, la voz del profesor Bjorson, hombre de unos cuarenta años, alto, macizo, un poco calvo, de facciones grandes y ojos inteligentes. Profesor de biología en la Universidad, un científico, un luchador de la Resistencia...

—Les advertimos que no fueran a Trögne y se rieron de nosotros muy a su gusto. Eran, como todos sus compatriotas, hombres de presente y de futuro, hijos de la nación casi sin pasado. Sin duda debieron tomarnos por unos campesinos y marineros supersticiosos. Se rieron cuando les contamos lo ocurrido a la guarnición alemana dos años atrás...

—¿También murieron así?

—Un sargento, un cabo y seis soldados. Los alemanes hicieron un detalladísimo informe para su Mando, conseguimos copias. El oficial que realizó el informe fue degradado y enviado a un manicomio. Cuando la cosa se repitió...

—¿Se repitió?

—A las cuatro semanas justas, un cabo y cinco soldados. Entonces los alemanes parecieron volverse locos. «Razzias», torturas, fusilamientos... Luego no volvieron a enviar a nadie a Trögnefiord. La orden llegó de Berlín. Allí, al parecer, había gentes que no desdeñaban lo sobre natural.

El profesor hizo una pausa, luego se levantó y rebuscó en una de sus estanterías repletas de libros. Tomó uno, antiguo, y lo trajo, colocándolo sobre la mesa.

—Es una compilación de leyendas de Hordaland, escrita hacia 1680 por un erudito llamado Olaus Tácitus. Su verdadero nombre es Olaf Tygveson. Hoy día es un pequeña joya bibliográfica, reconozco haberla hurtado de la biblioteca de cierto coleccionista hace diez años. Lo he leído a menudo, la parte que trata de Olger Erikson. Supongo que conoce la existencia de este libro.

—Hay un ejemplar en la Columbia University. Pero no pude examinarlo a fondo, sólo por encima. A los dos días alguien se me interpuso, consiguiéndolo en préstamo ilegítimo. Nadie podía imaginarse cómo lo pudo sacar el ladrón.

—No es usted el único a quien interesa Olgerd. ¿Conoce la saga?

—No lo suficiente para mi gusto. ¿Y usted?

—Bastante bien. Puedo dejarle leer lo que aquí hay sobre él, pero discúlpeme si no le dejo sacarlo de mi casa. No me tome por grosero.

—De ninguna manera. Sé lo que representa para usted este libro.

—Entonces, le dejo con él. Tengo algunas cosas que hacer.

—Muy amable, por su parte.

—Ordenaré que le sirvan café.

Salió el profesor. De inmediato, Warton tomó el viejo libro con avidez, pero no para leerlo, sino para palpar sus gruesas tapas de piel de becerro. Al poco, extrajo de un bolsillo una cajita plana, de plástico, la abrió y sacó de ella una curiosa navajita, formada por media cuchilla de afeitar encajada en un mango de plástico. También, en aquella caja, había agujas especiales y hebras de un hilo muy semejante a las que tres siglos antes cosieron las tapas de becerro de aquel libro.

Con manos levemente nerviosas, Warton procedió a cortar la tapa, mejor dicho, los hilos de la costura, con sumo cuidado. Estaba en plena operación cuando llegó la joven criada portando el servicio de café y pastas en una bandeja, pero ella nada pudo advertir porque rápidamente el americano se puso a leer el libraco...

Cuando la muchacha se marchó, Warton reanudó su insólita tarea. Una vez descosida la tapa, la abrió con sumo cuidado y rebuscó no menos cuidadosamente entre tapa y forro de piel. Luego, con una expresión de intensa alegría, extrajo, muy despacio, lo que había allí.

Una delgada hoja de amarillo papel de arroz cubierta de dibujos y signos como cabalísticos.

Warton no se entretuvo en examinarla. Se la guardó como si fuese algo del más alto valor posible, en una funda de plástico transparente y delgado que sacó de uno de los bolsillos internos de su chaqueta, devolviéndola allí. Luego procedió a recoser con total cuidado la tapa del viejo libro...

El profesor Bjorson había pasado a otra habitación, un gabinete donde se encontraba una persona sentada. Una muchacha que, al verle aparecer, le miró con interrogativa fijeza, inquirendo a media voz:

—¿Y bien?

—Tal y como suponía. Ha venido buscando el tesoro de Olgerd.

—Otro más...

—El mundo está lleno de ambiciosos. Pero algo me dice que éste sabe más que los anteriores.

—¿Qué te lo hace suponer?

—Una serie de detalles. Desde que me escribió su primera carta realicé algunas averiguaciones sobre él. Para comenzar, no es el verdadero Nick Warton, ya que éste debe tener algunos años más,

es más grueso, más calvo. Bueno, se trata de su hermanastro Walter, un hombre de acción, antiguo oficial del Contraespionaje norteamericano. Tuvo un puesto en la Sección de Claves, luego estuvo en la que coordinaba las tareas de los agentes secretos en nuestro país durante la guerra, más tarde en el Gran Cuartel Aliado... Es hombre inteligente, astuto y con recursos.

—Pues bien ha metido la pata en Larvik.

—El más listo comete fallos, Astrid, deberías saberlo. Y él, como buen norteamericano, no cree en viejas leyendas ni en espectros asesinos..., o calaveras degolladoras.

—¿Por qué le has dejado solo? Si ha venido buscando el libro de Olaus Tácitus...

—Se lo he puesto yo mismo en las manos.

—¡Pero...!

—Te he dicho que ese hombre vino buscando algo. Ese algo está entre las tapas del libro. Me conviene que lo encuentre.

—No lo comprendo... ¿Quiere decir...?

—Hace unos años, por pura casualidad, descubrí que entre el forro de piel y la tapa del libro había algo. ¿Quieres verlo?

—¡Pues claro que sí!

El profesor, con leve sonrisa, acercóse a un magnífico bargueño antiguo, sacó uno de sus numerosos cajones y metió plana, la mano, oprimiendo algún resorte en el fondo del mueble, porque súbito se abrió lo que parecía uno de los adornos en resalte y resultó ser un cajón de forma especial. Allí, cuidadosamente envuelto, había un papel idéntico al que acababa de robar Warton.

La muchacha debía estar entre los veinticinco y los treinta años, era alta, esbelta, magníficamente proporcionada y guapa, con una belleza moderna, aparentemente fría, frialdad que desmentía la abultada boca y el fulgor de sus azules ojos.

Tenía cabellos color de oro viejo. Ahora contempló, excitada, lo escrito y dibujado en el viejo papel.

—¿Qué es esto, un acertijo?

—En cierto sentido. Es una parte de algo mucho mayor. Observa con cuidado los bordes. Fueron cortados a tijera.

—¿Quiere decir como piezas de un «puzzle»?

—Exactamente. Pueden haber sido hechos entre cinco y veinte pedazos semejantes a éste, es algo realmente apasionante; algo que desde luego tiene que ver con la leyenda de Olgerd.

Ella se desojaba sobre aquel galimatías.

—No puedo entender absolutamente nada. ¿Qué es?

—Son símbolos, escritura cabalística. El papel, de arroz, tiene unos ochocientos años de antigüedad, las tintas empleadas son en

parte minerales y en parte animales. Por lo que he podido descifrar, con ayuda de expertos que por supuesto ignoraban la leyenda de Olgerd, se refiere a un encantamiento protector de un determinado tesoro.

—El que Olgerd robó en Antioquía...

—Sí. Por desgracia, los fragmentos que poseo no dan la menor indicación acerca del tesoro en sí, detalles del mismo, aunque un par de símbolos y parte de una frase parecen indicar que la descripción exacta y detallada iba en otra parte del documento fragmentado.

—¿Los fragmentos? Aquí sólo hay uno...

—El otro lo he metido dentro del libro, tras sacar una exacta fotocopia del mismo, cuando recibí la demanda del señor Warton para visitarme.

—¿Quieres decir que se lo puso como cebo?

—Es un fragmento marginal y creo que de poco valor por sí solo. Este, en cambio, pertenece al centro del documento y sin él creo que todo el sentido del mismo resultará imposible de interpretar, incluso poseyendo los restantes. Sospecho que el señor Warton posee más de uno de esos fragmentos, de ahí que esté jugando con él este juego de astucias. Mientras crea que desconozco la existencia del conjuro del mago y alquimista Al Sotar, actuará sin desconfiar de mí...

* * *

La muchacha era hermosa de veras, una moderna «walkyria» llena de atractivos y seductora. Además, cosa poco normal, inteligente, culta, capaz de sostener una conversación de altura.

Warton se consideraba experto en mujeres, pero esta joven noruega lo desconcertaba un poco. No era una gazmoña, ni desviada, ni nada parecido. Simplemente, tenía muy serena la cabeza e ideas muy claras acerca de todo.

—No insistas, he dicho que no y es no. Mi interés por ti es exclusivamente profesional, no erótico. No, no estoy enamorada, ni tengo amigo íntimo. Si quieres saberlo, te diré que tuve uno, hace años, pero murió. Desde entonces, no he sentido la necesidad del hombre con tanta fuerza que superara mi capacidad de freno. No me la haces sentir tú, eso es todo.

En cierto sentido, resultaba humillante. Sin embargo, Astrid se dejaba querer, besar, acariciar... todo hasta cierto límite. Probablemente era más fría de lo que deseaba aparentar, o acaso una gran tímida, o tenía un trauma psíquico... Mejor dejarlo estar. El a la postre, no vino a Noruega a buscar aventuras eróticas.

Pero Astrid se le había metido, sin advertirlo, en la sangre. No

le estaba resultando fácil admitirlo a los cuarenta años y tras haber conocido a tantas. Pero así era...

Por eso se había confiado con ella, hasta cierto punto. Después de todo, Astrid no era de Hordaland, sino de Oslo, una joven profesora auxiliar de Historia y Literatura en una universidad estatal. Y no creía en espectros, menos en espectros asesinos.

—¿Estás seguro de que no te has inventado esa historia de cabo a rabo? Por más que rebusco no encuentro nada...

—Ya te he contado la razón. Las autoridades ordenaron destruir todo lo referente a Olgerd, raspar su nombre de los escritos que lo mencionaban y colocar al Trögnefjord bajo interdicto.

—Pues debieron hacerlo muy bien porque apenas si hallé su nombre en un par de libros muy antiguos... Y las personas a quienes he consultado, incluso un par de expertos, no es mucho lo que han sabido decirme. Desde luego, mucho menos que tú.

—No les habrás contado por qué indagas...

—No soy estúpida. Les dije que me intrigaron esas raras y tan escuetas menciones a Olgerd. Se lo han creído. En este país, en la Edad Media, debieron haber centenares de Olgerd, saqueadores de monasterios y violadores de monjas, matadores de frailes y conquistadores de ciudades. Uno más, y oscuro ¿a quién le importa?

Le importa a él, y mucho, por razones de lo más concretas. Pero no podía revelárselas a Astrid, sería como levantar la liebre... Ya hubo bastante con el error de Larvik...

Resultó un semifracaso su incursión a la casa del profesor Bjorson. Había esperado encontrar uno de los fragmentos principales del «imprecatorium» de Al Sofar, al menos uno que le permitiera alcanzar un indicio firme sobre el punto exacto donde Olgerd ocultó su botín maldito. Pero sólo había un pedazo marginal, eso sí, con algo de máximo interés, que pudo descifrar gracias a tener ya en su poder los dos fragmentos del documento troceado por el último descendiente de Olgerd y colocados por él en las contratapas de distintos libros de su biblioteca dedicada exclusivamente a la Historia de la Ciencia Oculta, antes de realizar su personal intento de apoderarse del tesoro maldito y perecer, a su vez, desapareciendo sin dejar rastro llevado por el diablo, según sus supersticiosos convecinos, seguramente muriendo en el Trögnefjord, ya abandonado y bajo anatema eclesiástico.

—Cuéntame otra vez esa historia. Es fascinante y juraría que no me la has contado entera, que me ocultas muchos detalles.

Astrid era muy sagaz, si no quería hacerla entrar en vivas sospechas y que a su vez ella le ocultara información, debía ii

cebándola con sumo cuidado. Necesitaba dar con el paradero de nuevos libros de la esparcida biblioteca del conde Magnus de Trögne, si es que aún existían...

—Me ofendes con esas suposiciones. ¿Por qué tendría que ocultarte nada?

—No sé, me lo parece...

—Pues no es verdad. Te lo he contado y vuelvo a repetírtelo yo misma conozco muy poco acerca de Olgerd...

Olgerd Erikson, «jarl» de Trögne, nacido hacia 1065, vikingo típico, un guerrero feroz, pagano que se escondía astutamente bajo una falsa conversión al cristianismo, pirata, guerreador en mares y costas, una vez al servicio de los príncipes varengos rusos, más tarde al de los «basileus» de Bizancio, luchador en la primera Cruzada, conquistador de Antioquía...

Y ladrón de un fabuloso tesoro marcado con la maldición más increíble. Un tesoro que le convirtió, durante siete años, en una especie de Judío Errante perseguido por cuantos, conociendo su existencia, trataron de arrebataréelo al oscuro pirata, sin conseguirlo. Olgerd Erikson, sea por sus habilidades personales, o por la maldición recaída sobre él, había logrado burlar a todos sus perseguidores, llevar a Trögnefiord en su «drakkar» de guerra tripulado por salvajes guerreros-piratas unidos a él por un juramento terrible y una buena fortuna que sin duda era, al menos así parecía, sobrenatural, ocultar su tesoro y volverse al Camino de los Cisnes, desapareciendo en él para siempre...

Desapareciendo. Pero veinte años después, un peregrino de cabellos blancos apareció en Trögnefiord, cubierto con harapos y una roñosa cota de mallas. Los habitantes de Trögne, asombrados, reconocieron en aquel espectro a su señor, el famoso y temido Olgerd. Pero el actual señor de Trögne, hijo de Olgerd, no llevó a bien el retorno de su famoso padre y, aquella misma noche, lo asesinó por su propia mano, haciendo enterrar su cadáver en el tremedal que había al extremo del fiordo, junto donde se formaba la punta del corazón entre los altos acantilados negros. Aquel tremedal era insondable, allí no se acercaba nadie. Porque el parricida hizo echar en él los restos de su padre y sin duda formaba parte de la maldición.

Durante los siguientes cinco siglos, la raza de Olgerd Erikson se hizo famosa, no sólo en el Hordaland sino en toda Escandinavia, por la extraordinaria mezcla de buena fortuna y tragedias familiares. Los «jarls» de Trögne siguieron siendo, a lo largo de la Baja Edad Media, piratas y aventureros, más adelante, cuando se agotó el feroz impulso vikingo, sobre todo gracias a la cristianización del país, convirtiéronse en mercenarios, puesto que

el fiordo no permitía la agricultura ni el pastoreo y tampoco una expansión de tipo señorial. El único camino era el mar, la pesca. Pero gracias a aquella continuada buena fortuna de sus señores feudales, Trøgne prosperó de modo nada común llegando a alcanzar, a mediados del siglo XIV, una población de dos mil almas, no sólo extraordinaria para lo usual en aquella época en Noruega sino todavía más dadas las condiciones físicas del fiordo. En cambio, la raza de Olgerd fue encadenando sombrías tragedias familiares que cortaban, súbitamente las largas rachas de prosperidad y buena fortuna. De los once primeros descendientes directos del «jarl» vikingo por línea de varón, nueve murieron asesinados, cinco a mano de alguno de sus hijos, o hermanos; los dos restantes perecieron en combate. Asimismo, casi todos los varones de la familia perecieron de muerte violenta, en la guerra, en el mar, ajusticiados, asesinados o por simple accidente. Era muy raro que un descendiente varón de Olgerd muriera en la cama.

El primero fue el duodécimo jefe de la familia a partir del parricida hijo de Olgerd. Pero murió de la peste negra y fue él quien introdujo, al retornar de un viaje, mitad piratesco mitad de mercenario a las eternas tierras del Sur, meta constante de su raza, el terrible azote que a la razón flagelaba Europa en el Hordaland. De toda la floreciente población de Trøgnefiord sólo quedaron cuatrocientas aterrorizadas personas. De toda la raza de Olgerd, sólo un niño de siete años.

Suficiente para perpetuar la raza. Y también para convertirse en uno de los más terribles, temidos, feroces, implacables y afortunados guerreros escandinavos, un mercenario de cualquier bandera. Sería casualidad, pero también se llamaba Olgerd, como su lejano y famoso antepasado. Durante treinta años recorrió el Norte de Europa, desde Moscú a Inglaterra y Francia, vendiendo los servicios de su espada y su banda de guerreros al mejor postor, acopiando riquezas, cometiendo salvajadas y realizando heroísmos guerreros. De cuando en cuando recalaba en Trøgne, para reponerse de una herida o simplemente para fornicar con las más hermosas de sus siervas. Mató a tres esposas, tuvo ocho hijo legítimos que llegaron a adultos, la mitad varones, y una cantidad incalculable de bastardos. Contaba cincuenta años mal cumplidos cuando murió.

Con él comenzó, de hecho, la parte más espeluznante de la leyenda. Fue encontrado, cierta mañana en que la niebla era tan espesa que a mediodía un hombre «no podía verse las narices», según la gráfica expresión del cronista, justo en el punto más extremo del fiordo, entre el tremedal, la playa y la selvática pero

pequeña, masa forestal. Estaba degollado, tenía las manos engarfiadas y una expresión de terror y agonía infinitos. Su espada se hallaba a cierta distancia y había un rastro asombroso, como si el «jarl» hubiera sido arrastrado por una fuerza sobrehumana hacia el tremedal a lo largo de bastantes metros, contra su desesperada resistencia. Pero su espada aparecía limpia de sangre y él no había sido degollado por un arma, sino a dentelladas.

Ahora bien, no había lobos en Trögnefiord, aparte de que ningún lobo, menos aún un perro, habría podido matar a dentelladas al «jarl» de Trögne. Además, encontráronse suficientes detalles para que los aterrados habitantes del fiordo, incluidos los hijos, la cuarta esposa y los parientes del «jarl» hicieran exorcizar los alrededores del lugar donde fue encontrado su cadáver. A partir de entonces el tremedal fue «tabú» para las gentes del fiordo, sobre todo de noche. Un «tabú» supersticioso.

Doscientos años y ocho generaciones después, la raza de Olgerd había degenerado mucho, también Trögne. La ciudad había quedado reducida a una aldea de pescadores aislada del mundo circundante por una serie de circunstancias de todo tipo, aunque predominaban las supersticiosas. Según las viejas crónicas, en varias ocasiones, a lo largo de aquellos dos siglos, se repitió lo ocurrido al segundo Olgerd. En todas ellas se trató de extranjeros llegados al Trögnefiord, de lejanas tierras, hombres extraños que nadie sabía por qué habían venido, pero que, indefectiblemente, aparecían degollados en las cercanías del remedal, o en el bosque, o al pie de la mínima colina sobre la que se asentaba la mansión-fortaleza de los Olgerdson. Todos igual, degollados a mordiscos...

El último de todos no era ni extranjero ni desconocido. Era un conde, sobrino del propio rey noruego y también del obispo de Bergen. Un hombre joven, aventurero, valiente, despreocupado, muy favorecido por las damas, y se decía, versado en magia y ocultismo, alquimia y cosas así. Cierta día apareció en Trögne, sin explicar por qué ni para qué, con buena escolta y dispuesto, a desecar el tremedal. El señor de Trögne no podía impedirselo, pero lo intentó, sin lograr nada. A la tercera noche de su llegada a Trögne, el conde Virger, que así se llamaba, se encerró en su habitación, la mejor del edificio, dijo que a trabajar. Toda la noche se vio luz en la ventana y aún seguía encendida por la mañana, cuando fue encontrado su cuerpo exactamente en el mismo lugar que, dos siglos atrás, encontraron al del segundo «jarl» Olgerd. Tan degollado a mordiscos como él.

Resultó demasiado. Por orden del rey, reforzada por el obispo, el fiordo fue anatematizado y sus habitantes forzados a

abandonarlo, cosa que hicieron muy a gusto, a decir verdad. Se prohibió a todo el mundo penetrar allí bajo severas penas, incluso para pescar; y durante siglos la prohibición fue respetada a rajatabla, las gentes de la comarca habían cobrado un sanísimo temor al pequeño fiordo y aquello que fuese que salía de noche a degollar gente a dentelladas. El propio señor de Trøgne afincóse en Bergen y no volvió allí.

Su bisnieto, alquimista, nigromante y aficionado a la Historia, debía ser impotente, el primero de toda la fecunda raza, pues no obtuvo descendencia ni de dos esposas ni de varias barraganas. Se pasaba la vida en su laboratorio, con sus libros, cobró gran fama de alquimista y versado en ciencias ocultas. Cierta día anunció que iba a realizar un viaje, se marchó..., y nadie volvió a verle nunca más. Con él se extinguió la descendencia de Olgerd. Sus libros fueron vendidos por su esposa en almoneda, todo lo suyo desapareció...

Pero la leyenda siniestra de Trøgnefiord permaneció bien enraizada en la memoria de las gentes. Por la razón que fuera, aquel obispo de Bergen y aquel rey cuyo sobrino pereciera en Trøgne hicieron raer todos los escritos que mencionaban la historia, y la leyenda del primer Olgerd, el vikingo, castigando a quien poseyera y no entregara cuando sobre él hubiera escrito. También a la muerte del último Olgerdson hubo un recrudecimiento de aquella caza de noticias sobre su antepasado, al extremo de que, otros tres siglos más tarde, en todas las bibliotecas de Noruega apenas si existían contadas y secas menciones al vikingo, nada sobre el tesoro que robó en Antioquía y muy poco sobre sus descendientes.

Aquello, y otras cosas, Warton lo había ¡do recopilando durante diez años, por medio mundo, en los lugares más insólitos. Y estaba terminando su afanosa peregrinación. No podía explicárselo a Astrid, la bella muchacha noruega, mucho menos por qué había gastado tantos años, y mucho dinero, corriendo grandes riesgos, para completar el cabalístico documento trazado por uno de los más extraordinarios nigromantes que en el mundo han sido, hombre y nombre sólo conocidos por una reducidísima minoría de iniciados. Mucho menos hablarle del fabuloso tesoro de Salomón..., que no había reunido precisamente Salomón, sino alguien mucho más antiguo, sabio y poderoso que él; un tesoro sagrado, preservado incólume a través de milenios por hombres que conocían su valor y el poder que daba a aquellos que lo custodiaran impidiendo que los no iniciados pusieran sus manos sobre él.

CAPITULO 2

ASTRID tenía una expresión distinta ahora. Ella y el profesor Bjorson se encontraba en un establecimiento, entre restaurante y taberna, muy típico en las afueras de Bergen, al borde del fiordo, frente a un bello y brumoso paisaje. Aparte ellos, había tres o cuatro parejas más allí, pero a todas luces cada cual en lo suyo y lo suficientemente distanciados entre sí como para no interferirse en sus conversaciones.

—Creo que está casi enamorado de mí. Por un lado me complace, por el otro me pone incómoda.

—Si crees que no podrás hacerlo...

—Claro que podré. Y no voy a dejarlo ahora, Lars. Sabes cuán excitada e interesada estoy en ese asunto.

El lo sabía porque la conocía bien, desde que, siendo casi una niña, a los quince años, se había unido al grupo de resistentes comandado por el joven profesor Bjorson, actuando de enlace sin preocuparse de los riesgos que corría, dando costantes pruebas de sangre fría, audacia y astucia. Juntos compartieron muchos peligros y después, llegada la liberación, ella se había convertido en una de sus discípulas en la Universidad. En algo más, también. Estaban mutuamente enamorados desde hacía mucho tiempo, pero de un modo muy peculiar. Cada cual vivía su vida, a su manera. El, casado desde poco antes de la guerra, tenía dos hijos y estaba separado amistosamente de su esposa, vivía solo, llevaba una existencia retraída, de estudioso y misógino. Ella, casada a los diecinueve años con un héroe de la Resistencia, primo hermano del profesor, no había tenido hijos, era viuda desde poco más de un año atrás y llevaba una existencia ni platónica, ni espiritual, pero tampoco lo otro. La razón, que los verdugos de la Gestapo se habían encarnizado con el profesor Bjorson, dejándolo incapacitado para consumir el amor físico. Eso lo sabía poca gente. Y menos gente aún habría podido comprender que una mujer como Astrid Haraldson buscara y aceptara tal tipo de idilio, siendo feliz con él.

Ahora ambos tenían otra razón para sentirse muy unidos.

—Sé que no ha de tardar en ir al Trögnefiord. Sospecho que posee la mayoría del documento y, tal vez, un indicio cierto del lugar donde está enterrado el tesoro. Pero es receloso y astuto, no puedo arriesgarme haciéndole preguntas demasiado directas.

—Muy bien. Pues que vaya.

—Supongamos que Warton va al Trögnefiord. Supongamos que busca el tesoro y que tiene claros indicios de dónde se encuentra. ¿Qué crees que pasará?

—Que la calavera de Olgerd le saltará a la garganta en cuanto se aproxime al escondrijo.

Ella no dominó un leve repeluzno.

—Tienes un modo de decirlo que espeluzna. ¿La calavera?

—Sí, tal y como ha venido ocurriendo desde hace casi novecientos años con todos cuantos trataron de recuperarlo. Mientras dure el castigo, Olgerd no podrá descansar en su tarea de guardián de aquello que robó a sus legítimos poseedores. Duerme en la fría y viscosa profundidad del tremedal de Trøgne, pero apenas capta la señal de que alguien llega a por el tesoro, despierta, se apresta y mata.

—¿Estás seguro? Porque parece imposible...

—Nada hay imposible en determinados estadios y para determinadas potencias etiquetadas por la ignorancia humana como «infernales». Nuestra mente es demasiado torpe, subdesarrollada, para poder concebirlo, eso es todo.

—Sí, debe ser. Sólo así puede explicarse ese siniestro encadenamiento de muertes tan increíbles. Pero si es así, tú y yo moriremos también.

—Espero que no.

—¿En qué te basas? Si puedes decírmelo.

—No puedo, Astrid. Si te revelara lo que sé, no sólo anularía todas nuestras posibilidades, sino que tu vida y la mía, en efecto, estarían liquidadas, incluso sin necesidad de ir al Trøgnefiord.

Ella se estremeció ante el tono solemne de sus palabras. Sabía que su interlocutor no le estaba mintiendo.

—Dime sólo una cosa. ¿Eres uno de ellos? Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo soy. Pero en uno de los grados más inferiores del conocimiento. Mi mente ha sido potenciada apenas por encima del nivel normal de los de mi profesión, aun así, debo constantemente refrenarme para no provocar sorpresa, alarma y al final, miedo, odio. Pero comparada con las mentes de mis más altos superiores la mía está mas o menos en la misma relación que la de un subnormal con la de Einstein, o tal vez menos.

—¿Tan grandes son y tanto saben?

—No te lo puedes imaginar.

—Pero, si es así, ¿cómo no han podido recuperar el tesoro?

—Existe una razón, no puedo revelártela. Olgerd cometió un acto tal que sólo podía repararse mediante una larguísima serie de expiaciones. No sólo por su parte y la de sus descendientes, sino también por la de aquellos que debieron impedir la consumación de su hazaña y no estuvieron a la altura de su misión, y por sus descendientes. De todos modos, el tesoro

sagrado permanece incólume en su actual refugio, desde hace ochocientos años largos. Cabe una posibilidad, una esperanza existe, de que haya llegado la hora de recuperarlo y devolverlo a sus legítimos custodios. Pero no lo sabremos, concretamente, hasta que Warton realice su intentona.

—¿Y..., como obtendremos esa certeza?

—A su debido tiempo lo sabrás.

Astrid guardó silencio. Sabía muy bien que, desde que los nazis lo torturaron destrozándole en cierto sentido, Lars Bjorson había ido sufriendo una lenta y profunda transformación espiritual acompañada por la activación extraordinaria de su capacidad intelectual. El había realizado frecuentes viajes, casi siempre inesperados, al extranjero, casi nunca muy largos en el tiempo.

Por lo demás, apenas si hablaba de lo que hacía en sus frecuentes viajes. Estudiaba la historia, las costumbres, la filosofía, las religiones, de aquellos pueblos por puro «hobby», puesto que su labor, su profesión era la Biología...

Ella, Astrid, no tardó en adivinar que su amado ocultaba algo muy importante relacionado con aquellos viajes. Y no le costó mucho comprobar que así era. Por ejemplo, visitándolo en su casa halló en su biblioteca libros extraordinarios, totalmente desconocidos para ella relacionados no precisamente con la Biología y tampoco desligados de tal disciplina intelectual. Eran libros escritos en idiomas que Astrid desconocía, algunos de ellos perdidos o casi, como el sánscrito, el más antiguo hebreo, el griego arcaico, una forma especialmente antigua del persa... El hecho de que Lars, nunca especialmente dotado para los idiomas, resultara capaz de leer correctamente tales libros por otro lado escritos, parecía, muchos siglos atrás, la aturdió, llenándola de preguntas. Y como Lars Bjorson la amaba, obtuvo una respuesta.

Asombrosa, también fascinante, inquietante. El le habló de una especie de secta supersecreta formada por hombres superdotados, creada en la lejanía de los tiempos en un lugar considerado por la ciencia oficial como mítico y sostenida a lo largo de milenios en la sombra y el secreto, soporte de la sabiduría y el poder.

Pero el vikingo Olgerd y su hazaña, del fantástico tesoro sagrado de la secta, infinitamente más valioso que por la valía intrínseca de sus gemas magníficas, o la labor incomparable de sus piezas, por el poder en ellas encerrado, un poder demasiado terrible, grandioso sobre toda ponderación, y de dos filos, sólo le había hablado pocas semanas atrás. Lo escaso que le contara bastó, no obstante, para que Astrid se sintiera penetrada hasta los tuétanos por la fantástica e increíble historia del vikingo ladrón y su tremenda ordalía, que ni siquiera con la muerte física a manos

de su propio hijo había terminado.

La espantosa maldición que con su audaz hazaña se acarreo continuaba vigente al cabo de ocho siglos, no sólo le había aniquilado a él, y a toda su raza, sino también a cuantos, repletos de codicia, de ambición, osaron arrastrar tamaños riesgos para apoderarse de algo que, en realidad, bien lo valía, también a quienes, incluso de manera inconsciente, se acercaron demasiado al tesoro que estaba forzado a defender con los dientes de su calavera. A defenderlo hasta que se cumpliera su tiempo de castigo y le fuera dable conseguir la paz.

* * *

—Está decidido. Va a ir a Trøgne un día de estos. Le domina una desmedida ansia de poder, una ambición sin límites, está seguro de que, si logra burlar a la calavera de Olgerd, o destruirla, conseguirá apoderarse del tesoro, y con él, de un poder inmenso.

—Y tan inmenso. Ni él mismo tiene idea de cuán grande, yo tampoco. Pero no lo conseguirá.

—¿Cómo estás tan seguro? Por lo que he podido estudiarle, está muy firme en su esperanza. Sospecho que cuenta con algo, un arma efectiva contra Olgerd.

—Sólo hay una. Y Warton no la tiene.

Astrid se quedó mirando a su interlocutor. Advirtió la extraña luz que irradiaban las oscuras pupilas de Lars Bjorson. No era corriente, en un noruego, tener pupilas color café, casi negras. Y a decir verdad, Lars Bjorson túvolas azules hasta que comenzó sus enigmáticos viajes al Oriente. Entonces, poco a poco, le fueron cambiando de color. Ahora, habitualmente, solía ocultarlas tras unos lentes muy doctorales, de cristales preparados de tal modo que quienes le miraban, incluso de muy cerca, sólo veían unos ojos inteligentes, de mirar penetrante. Sólo ella le veía sin tales lentes, sabía que no los precisaba, porque su visión era tan aguda como la de un águila; otro enigma, él era miope cuando tenía los ojos azules. Estos de ahora magnetizaban, dominaban la mente. Incluso le transmitían pensamientos, órdenes, deseos. Astrid estaba convencida de que Lars le podía leer el pensamiento. Sin embargo, él nunca demostraba hacerlo.

—¿Porqué tu certeza?

—Carece de humildad. Va hacia Trögnefiord empujado sólo por la ambición de sabiduría y de poder, buscando, mediante el tesoro, liberarse de las mediatizaciones de su ser físico, trascender, convertirse en un semidiós o cosa parecida. Le falta lo esencial, humildad.

Humildad... Aquella palabra iba tan pegada a la otra, sabiduría,

como la piel al cuerpo, para aquella supermisteriosa secta a la que Lars pertenecía. Astrid asintió:

—Es verdad. Warton no tiene humildad, aunque habla de ella. Está repleto de soberbia y no parece siquiera advertirlo.

—Ha caído en la trampa de Luzbel, en la de tantos otros, la que eludió Jesús. Por eso irá a Trögne y allí encontrará, esperándole, a Olgerd.

Astrid se estremeció ante el tono profundo, agorero, de su interlocutor.

—¿Es..., inevitable?

—Como la sucesión del día y de la noche.

Calló. Quedó un silencio intenso. Afuera llovía mansamente, aquí se estaba muy bien, ardía un alegre fuego en la chimenea, su luz, y la de una lámpara de pie con pantalla, les alumbraba, apretándoles de intimidación.

—Nosotros ¡remos también.

Astrid respingó, dilató la mirada y se quedó al pronto sin aliento.

—¿Nosotros? Pero... si vamos... Olgerd nos matará.

—Espero que no.

—¡Ha matado siempre a quienes intentaron arrebatarse el tesoro!

—Cumplía su destino. Por el ansia, sin duda, de conseguir la eterna paz. Se está cumpliendo el plazo, todos los signos lo indican, y he recibido la orden de partir, de llevarte conmigo. De intentarlo, después que Warton haya consumado su fracaso.

Astrid ahora, estaba rígida, sintiéndose poseída por oscuros terrores. Por vez primera veía a un Lars Bjorson diferente, en cierto modo aterrador. Y comprendió de pronto, despacio, que él era un miembro distinguido de aquella misteriosa élite de superhombres ocultos en la sombra del anonimato, que dirigían los destinos de la Humanidad. Se dio cuenta de que él se lo estaba avisando por la vía directa de la mirada, de cerebro a cerebro. Era suya, le pertenecía, de un modo como jamás mujer perteneció a hombre... Y él la precisaba, no sólo como hombre. Ese era el asombroso secreto.

—Sí. Tan sólo hay un medio y un camino para recuperar el tesoro, cuando llegue el momento. Yo lo he ignorado hasta hace unos días, quienes están sobre mí en sabiduría aún no estaban tampoco seguros.

—¿Quieres decir... que yo... y tú...?

—Formaremos el último eslabón de una larga cadena forjada por el hombre que con ella maldijo a Olgerd Erikson, el vikingo ladrón. Puedes llamarlo magia, si te place. Cuando cometió su

hazaña, Olgerd hizo cosas, impulsado por su feroz temperamento de pirata, que repararlas exigían una larga, muy concreta, expiación. Únicamente así podía evitarse que el tesoro cayese en manos de alguien que lo usara para acrecentar satánicamente su poder sobre la Humanidad y, obrando así, le acarrearía a ésta un nuevo aniquilamiento.

Había que purgar ciertos fallos y errores, también. Cuando todo ello estuviera conseguido, cuando los signos de los tiempos indicasen claramente el peligro de que nuevos Satanes calcinaran la Tierra con su desenfrenada ambición, sería la hora de recobrar el tesoro custodiado por la calavera de Olgerd y conducirlo al lugar mientras tanto preparado para recibirlo, a salvo de cualesquiera codiciosas ambiciones. Una vez entre allí, la Humanidad será salvada. Si no llega, si es de nuevo arrebatado, entonces la Humanidad perecerá. Así está decidido.

—Y nosotros...

—Lo vamos a intentar. Una pareja humana, un iniciado y una mujer normal, cuyo amor es totalmente puro y no puede marchitarse. Si todo ocurre como está escrito, recogeremos el tesoro y la calavera de Olgerd no nos atacará. Pero si hubo el más mínimo error de los cálculos, también moriremos degollados a dentelladas, habrá que esperar, tendrán que hacerlo otros.

Calló, dejó pasar cinco segundos. Astrid creía encontrarse, ahora, suspendida en el negro vacío, descarnada, desnervada, deshuesada, vuelta un puro agobio de agonía. Y miraba, fascinada, los magnetizantes ojos de su interlocutor.

—Yo sé que somos nosotros los elegidos, Astrid. Sin embargo, necesito insuflarte mi fe. Sin ti no soy nada, no tengo ningún poder. Para llegar a tu raíz, para apoderarme de ella y anidarme en ti, he debido pagar un alto precio, lo pagué alegremente, sin vacilar ni siquiera un instante. Con todo, no puedo forzar la voluntad, pues nuestra unión es de amor y el verdadero amor no presiona ni exige. Has de aceptar tu parte en esta ordalía con idéntica fe que yo tengo, sin reservas mentales de ninguna clase. La más mínima ya sería señal de que no somos los elegidos. Reflexiona, pues, antes de decidir, porque una vez emboquemos el Trögnefiord no podremos, aunque queramos, dar la vuelta.

Astrid estaba sintiéndose embargada por sensaciones desconocidas hasta entonces. Súbitamente, la habitación desapareció ante sus ojos, ya no escuchó los ruidos del exterior, ni tampoco el del fuego encendido en la chimenea. Sólo había silencio, un silencio absoluto, acongojante, anónimo.

Pero la cabeza de Lars permanecía ante ella, sus ojos sujetándole la mirada, los pensamientos, dándole energía,

seguridad, calor. Diciéndole sin voces, pero con una voz que retumbaba como truenos lejanos en su mente, que eran mitades de un todo invisible desde el principio de los tiempos, algo así como el núcleo de un átomo primigenio. Que seguirían siéndolo hasta el fin de los tiempos, pasara lo que pasara, a través de un número innombrable de vidas compartidas.

No eran pensamientos conscientes, sino presciencias puras. Así, pues, ella no había hecho, a la postre, sino cumplir una por una las etapas de un camino que debía conducirla a esto, marcada inexorablemente por guardianes que no le permitieron ninguna desviación... ¿Sería así para todos los humanos, sería éste, a la postre, el libre albedrío?

No, porque, Lars se lo estaba diciendo, podía escoger. Dentro de un abanico de posibilidades, que se abrían y ramificaban ante ella como un gran árbol denso de follaje, cubriendo su campo de visión, podía elegir. Lo que no podía era ver hasta dónde, exactamente, iba a llevarle cualquiera de las ramas principales que escogiera. Eso sí era el libre albedrío, escoger entre incógnitas iguales.

De repente, la habitación volvió, volvieron los ruidos normales. Todo estaba igual. Pero ya no era igual.

—Iré a donde tú vayas, haré lo que tú digas. Y no preguntaré. Lo mismo que durante la guerra, Lars. No, todavía con muchísima más fe en ti, seguridad de que de ti no puede venirme nada malo.

El suspiró hondo y se le aclararon algo las facciones, sonrió, una lenta sonrisa, se inclinó y le oprimió con la suya, cálida y fuerte, una mano. Todo sin dejar de mirarla a los ojos, una mirada, ahora, que pagó por anticipado todos los peligros futuros a la joven.

—Lo esperaba, estaba seguro... Bien, hablemos de nuestra próxima excursión. Parece ser que Warton posee casi todos los fragmentos del documento que trazó las tapas de los libros de su biblioteca. Todos menos el mío y otros dos, que me han llegado ayer, precisamente, ¿Quieres verlos?

Eran semejantes al que ya conocía, no le decían nada. Y no obstante, en ellos estaba un terrible misterio, una pavorosa maldición, la clave para encontrar y conseguir, el fabuloso, inimaginable, tesoro que custodiaba la calavera del Olgerd, el vikingo, desde hacía ocho siglos.

CAPITULO 3

DEBO marcharme. Ignoro cuánto tiempo estaré fuera, pero en cuanto me sea posible, volveré a buscarte.

Warton no se había atrevido a decirle más a la mujer de la que se había enamorado. Si todo le salía como anhelaba, si obtenía el éxito, entonces volvería, ella no se le iba a negar más. No, porque sería demasiado poderoso, tendría al mundo en sus manos. Si fracasaba...

Si fracasaba, la calavera de Olgerd se encargaría de decírselo a dentelladas.

Lo había decidido. Estaba convencido de que nunca lograría completar el documento de Al Sofar, sin duda los tres fragmentos que aún faltaban se perdieron, a lo largo de tres siglos, al destruirse los libros que los ocultaban, o tal vez fueron descubiertos por personas que, incapaces de entenderlos, o creyéndoles acaso viejos planos de tesoros, acabaron por destruirlos, o perderlos. Pero con ser sin duda muy importantes, no parecían ser esenciales. Así que probaría su suerte jugándose la vida contra el mayor premio que un hombre pudiera conseguir. El tesoro sagrado de Salomón, la fórmula de la Piedra Filosofal, las Joyas Sagradas que encerraban, en la taracea afiligranada y la disposición de sus maravillosas gemas, las claves de asombrosos, increíbles conocimientos antiquísimos, los amuletos, las insignias, del Máximo Poder, ante los cuales se humillarían hombres que, convertidos en sus servidores fieles, le permitirían, ni más ni menos, dominar el mundo...

Era demasiado para vacilar, máxime estando tan cerca, máxime ahora que se había inesperadamente enamorado. No acertaba a comprender por qué razón el hecho de enamorarse de Astrid Haraldson lo empujaba con tal fuerza al Trögnefiord, pero se trataba de una certeza incontrovertible. Y casi estaba seguro de que formaba parte de la magia inscrita en el documento de Al Sofar. Sí, sin duda era eso, para acceder a tesoro un hombre debía saber qué era el Amor...

Había recorrido un largo, tortuoso, oscuro y difícil camino hasta aquí. Todo comenzó doce años atrás, cuando él era un oscuro oficial del Servicio de Contraespionaje y llegó a sus manos el desconcertante informe sobre lo ocurrido a un pequeño grupo de compatriotas desembarcados en los fiordos noruegos para coordinar la Resistencia contra los alemanes y transmitir a Londres información importante sobre los submarinos enemigos, las fuerzas de superficie y los trabajos de investigación sobre el agua pesada y otros rudimentos de la energía nuclear que los

científicos nazis estaban desarrollando en Noruega.

Aquel informe le quitó el sueño muchas noches. Sus jefes opinaban que era un estúpido fraude, o tal vez una astuta añagaza. Pero uno de ellos no pensaba lo mismo, le transmitió sus dudas, se las hizo compartir, lo obsesionó. Finalmente logró ser enviado a Noruega. Y allí descubrió que no había tal fraude, más aún, que en Berlín había alguien con mucho poder muy interesado en aquel desconcertante asunto de los hombres degollados inexplicablemente por mordeduras de una dentadura humana. Aquella persona de Berlín había realizado numerosos viajes de incógnito a Noruega y parecía ser que con el único objeto de registrar bibliotecas en busca de determinados libros antiguos...

Luego la Alemania nazi se hundió en su propia hecatombe de Nibelungos. El, Warter Warton, consiguió, con no pocos esfuerzos, ser enviado a Alemania, destinado a un comando de recuperación de obras artísticas oficialmente, de hecho a rastrear documentación secreta, científica, política, militar, importante y evitar que cayera en otras manos. Se aprovechó para buscar por su cuenta. Así fue como, entre libros de la biblioteca de aquel jerarca nazi, a la sazón muerto, suicidado, dio con los primeros dos fragmentos del documento de Al Sofar, con un ejemplar de la historia de Olgerd escrita por Olaus Tácitus, con otras obras relacionadas con los descendientes de Olgerd y los sucesos siniestros de Trögnefiord en el Medioevo, también con anotaciones de puño y letra del jerarca nazi que le pusieron, por vez primera, en la pista, revelándose la índole del botín de Olgerd, la existencia de aquella élite de superhombres permanentemente en la sombra y otras muchas cosas. El jerarca nazi sabía mucho, había estado muy cerca de lograr el éxito..., pero no supo lo bastante, ni tampoco se atrevió a ir en persona al Trögnefiord.

El, Walter Warton, solicitó y obtuvo licencia, se convirtió en paisano y dedicó su vida a rastrear el tesoro. Todo un largo camino, no exento de riesgos, que le había permitido obtener mucha sabiduría, alguna riqueza, un cúmulo de increíbles experiencias. Peregrino de la Tierra, rompió todos los lazos que le habían unido a otras personas antaño, se escondió, ni más ni menos que lo hacían los hombres a quienes deseaba dominar, jugó sus cartas con la máxima cautela y la máxima astucia, hasta conseguir ser admitido entre los iniciados. Exactamente no un iniciado, sino apenas un catecúmeno...

Bien, ahora estaba a punto de coger la cosecha. Cuando la recogiera, cuando el tesoro estuviese en su poder, todos aquellos

hombres, incluso los para él aún desconocidos superiores de la secta, deberían acatarle, pues sería el Poseedor de los Secretos. Entonces tendría al mundo a sus pies, sería tan poderoso como no lo fue nunca el más poderoso emperador.

Y Astrid sería su reina. Estaba decidido, sentía por ella algo muy profundo, importante, especial. Naturalmente no le revelaría su secreto, no hacía ninguna falta. La rodearía de cuanto pudiera soñar una mujer, le daría todo, ella no desearía nada y sería feliz, porque, gracias precisamente a su poder, él podría darle toda la dicha imaginable...

Pero para ello había que llegar al Trögnefjord. Y eludir a la calavera de Olgerd.

Preparó su expedición con toda cautela. Primero adquirió una pequeña motora, embarcación no precisamente nueva, pero sólida, marinera, que le fue vendida a buen precio. Para el vendedor, y para otras personas, su propósito consistía en pasar unas largas vacaciones pescando en el fiordo y realizando excursiones a lo largo de la accidentada costa. El hecho de que no fuera exactamente la mejor temporada para las vacaciones no tenía por qué extrañar a los noruegos, sobre todo tratándose de un norteamericano.

La equipó adecuadamente, con todo lo necesario para pasar uno días en el mar. Sabía que, una de dos, o se salía con la suya, y entonces no podía volver a Bergen tranquilamente, sino que debería, de inmediato, poner a buen recaudo su tesoro antes de hacer saber a quienes debían saberlo que era su nuevo amo, o fracasaría y en tal caso nada iba a necesitar.

Metió a bordo una magnífica automática, también un excelente rifle de repetición para caza mayor, con mira telescópica. De sobra le constaba la inutilidad de cualquier arma contra la calavera de Olgerd, pero podía ocurrir que en Trögnefjord aparecieran intrusos, o simplemente algún pescador demasiado curioso, tanto como para arrostrar el peligro.

Finalmente zarpó de madrugada, cuando el fiordo se envolvía en densa niebla y las luces del día comenzaban a penetrarla lentamente, fantasmagorizando los objetos que emergían por entre la capa gris. Lo hizo así para evitar que nadie pudiera ver el rumbo que tomaba, porque sabía muy bien que toda precaución era poca.

Ni siquiera a Astrid le había mencionado su adquisición de la motora. Le dijo que partiría en avión, de madrugada.

Ahora, al iniciar la última etapa de su largo camino hacia el fantástico tesoro escondido en el Trögnefjord, el ambicioso aventurero sintió algo así como si presencias poderosas ocultas en

la fría niebla del fiordo de Bergen lo estuvieran acechando, con ojos malévolos, mientras los gritos de las aves marinas semejaban voces de vigías comunicándose unos a otros su partida. Fue un repeluzno ingrato, una premonición.

Estaba demasiado lanzado, había llegado demasiado lejos, para hacerle caso. Así que se perdió en la densa niebla gris, como un fantasma más.

Veinticuatro horas más tarde alcanzaba la embocadura de Trögnefiord.

Había navegado durante todo el día, saliendo del fiordo de Bergen y costeanado por un mar verdinegro, ligeramente picado, con olas largas empujadas por un noroeste no muy fuerte. Al principio, hasta que no salió del fiordo de Bergen, la espesa niebla le impidió mantener una alta velocidad relativa, puesto que habría sido suicida. Por doquiera las embarcaciones, desde los grandes barcos de carga a las lanchas pesqueras, avanzaban despacio, haciendo sonar sus sirenas, que unían sus voces taladrantes, agoreras, a los lúgubres toques de campana y las señales acústicas de ambas orillas del fiordo, indicadoras de peligro. Era un avanzar a ciegas sobre un mar de plomo verdinegro manchado con residuos de petróleo, en el que se hundían, surgiendo inesperadamente como flechas, las aves marinas en busca de alimento, con sus ásperos gritos. De repente, a babor o a estribor, incluso a veces ante la misma proa, emergían las más oscuras siluetas de las embarcaciones semejantes a barcos fantasmales. Una vez faltó poco para que la lancha motora fuese pasada por ojo por un carguero inglés, negro y rojo, que brotó de repente casi en la línea directa de avance de Warton, el cual tuvo el tiempo justo para, con un veloz giro de timón, escapar al desastre deslizándolo apenas a media docena de brazas del casco del carguero. Poco después no se incrustó en el costado de estribor de un pesquero gracias a otra no menos rápida e instintiva maniobra de marcha atrás. Pudo ver, y sobre todo oyó, las maldicientes figuras de los pescadores...

Pero cuando salió al mar abierto la niebla se alzó lo bastante para dejarle ver hasta un centenar de metros de distancia con claridad, luego el doble, lo suficiente para no tener que temer riesgo de colisión inesperada. Aún así se mantuvo a media marcha y muy alerta. Había contado con aquella y otras posibles contingencias, deseaba llegar al Trögnefiord precisamente el día siguiente, no antes ni después.

De ahí que pernoctara en una caleta solitaria, al abrigo de una escollera y en aguas poco profundas. Pasó toda la noche repasando una y otra vez cada detalle del documento de Al Sofar,

tratando de completar en lo posible, con toda clase de conjeturas, los párrafos, también dándoles vueltas a sus planes y, sin poderlo evitar, pensando en la asesina calavera de Olgerd.

Levó anclas de madrugada, cuando apenas se insinuaba el alba, salió de la ensenada al mar abierto y avanzó a media máquina. A lo lejos, como luciérnagas o estrellas se distinguían luces bailoteantes, embarcaciones pesqueras. Tendría que eludirlas evitando ser visto. La gente de Larvik solía pescar por aquellas aguas y si alguno de ellos lo descubría, reconociéndolo, tal vez aquellos pescadores decidieran averiguar qué hacía tan cerca del Trögnefjord.

Pronto vio alzarse las mil cabezas del dragón, el más temido de los enemigos de los antiguos vikingos, la niebla. Parecían emerger, realmente, de las profundidades del mar mientras otras descendían de las negras laderas de los montes costeros a su encuentro. Aquí dos, allá tres, aquellas masas algodonosas de un color gris sucio iban juntándose, fundiéndose, extendiéndose sobre el mar quieto y sombrío. Hacía frío, un frío húmedo, desagradable. Las aves marinas parecían estar en todas partes, pero sus gritos contribuían a aumentar el pesado silencio de la mañana neblinosa. Las luces bailoteantes fueron desapareciendo y pronto sólo hubo silencio, soledad opresiva, niebla húmeda, viscosa, a todo alrededor, como si el mundo entero se hubiera diluido.

Ahora, Warton navegaba bastante pegado a la costa, guiándose por la carta marina, la brújula, el compás. El tiempo estaba ayudándole, nadie podría verle deslizarse el interior del fiordo de Trøgne.

Pero aún entonces quedaría un problema a resolver, el de los pescadores que entraban en el fiordo. Eran hombres tan perfectamente conocedores de la costa que incluso con niebla espesa podrían hallar su desembocadura. Y una vez dentro del fiordo, el ruido del motor de la canoa rebotando contra las paredes de la roca iba a escucharse en todo él. Ningún pescador se engañaría al identificar la embarcación que usaba tal motor, así que Warton sólo tenía una opción, pararlo en cuanto alcanzara la entrada del fiordo y penetrar a remo. Se había preparado para ello, pero iba a ser toda una tarea, porque la canoa pesaba más de una tonelada incluso con su no excesiva carga.

De repente, allí delante surgió un sordo fragor de olas chocando contra rocas, y al poco, ante la niebla brotaron a estribor intermitencias claras. Espumas de olas golpeando rocas.

Warton se desvió a babor y consultó de nuevo la carta, tomando por enésima vez su posición. No le cupieron dudas,

estaba ante las puertas del destino.

CAPITULO 4

UNA densa niebla cubría totalmente el Trögnefiord, impidiendo descubrir sus orillas. Arriba, la masa gris tampoco dejaba pasar rayos solares, apenas si una lechosa claridad espectral y otros de un verde intensísimo, apenas si se movía mientras penetraba, a impulsos de la marea en creciente hasta el fondo del fiordo. Las aves marinas abundaban entre la niebla, surgían de ella como relámpagos para hundirse con un característico chapoteo seco en el agua buscando su alimento. Saltaban peces semejantes a resplandores fugitivos sobre la superficie líquida. Aparte aquello, e incluso todo aquello, si bien se miraba, formaba sólo parte de él, todo era silencio, un silencio absoluto que penetraba como un cuchillo de hielo en las venas y el cerebro.

Ahora, Warton avanzaba utilizando los grandes y pesados remos que trajo en previsión, encorvado rítmicamente hacia delante a cada remada que le distendía los poderosos músculos, alerta su mirada en la posible aparición de un pesquero entre la niebla, o al grito de un marinero, o cualquier ruido indicador de presencia humana próxima. Todo él era tensión, se había despojado de la chaqueta y no sentía ni pizca de frío, por el ejercicio, aunque hiciera frío, húmedo y penetrante, desagradable como los ruidos y el silencio.

Todo era silencio, un silencio algodonoso y frío, siniestro y agorero. El leve chapoteo de los pesados remos no se debía escuchar a más de unas cuantas brazas de distancia, el espesor de la niebla impedía distinguir nada a diez brazas. Un mundo gris, eso era el Trögnefiord en la calmosa mañana de Octubre. Un lugar de fantasmas...

Recorrer una milla le costó a Warton más de una hora de esfuerzo y eso aprovechando la marea. Sudaba copiosamente cuando al fin dobló el recodo, pasando justo a media docena de brazas del negro acantilado que se hundía en la niebla gris, como el pecho de un monstruoso dinosaurio... Y tuvo que detenerse unos minutos no sólo a causa de la fatiga, sino de aquella vaga opresión que le llenaba el pecho a pesar de ser hombre bien templado. Dejó que la embarcación avanzara a favor de la corriente y encendió un cigarrillo, fumando con nerviosa ansia mientras manteníase lejos del acantilado moviendo un solo remo.

Había pasado el tramo peligroso, ahora los posibles pesqueros quedaban atrás. En cuanto alcanzara el reborde más interior del fiordo ni aún alzándose la niebla sería descubierto.

Pero la niebla no mostraba intenciones de levantarse, antes bien espesó y oscurecióse, hasta que todo a su alrededor tomó un sombrío color a plomo. Era plúmbeo también ahora el silencio, agobiante.

Warton atravesó el fiordo en diagonal. Según la carta marina el brazo de agua, por allí, no tenía más de doscientas brazas de anchura en ningún sitio. Y la marea alta estaba terminando. El agua, ahora, permanecía en total quietud, era tan lisa como un espejo de azogue.

Casi chocó contra la otra pared acantilada. Desde la altura oculta despeñábase, en flecos, una corriente de agua cantando una canción lúgubre al chocar contra la piedra, escurrirse en canales y golpear la superficie del fiordo. La descubrió a poco de desviar su rumbo y debió apartarse para no recibir un remojón. Estaba ya cerca de su destino.

De repente, ante sus ojos emergió de la niebla un espolón negruzco, roca pura, alisada por la lluvia y festoneada de líquenes en las oquedades, a cuyo pie lengüetaban las aguas de un tono verde-gris muy oscuro, con un ruido que erizaba la espalda.

Había llegado el punto que marcaba el comienzo del «lago» interior del fiordo. Al otro lado, muy cerca, estaban las ruinas de Trögne.

De nuevo Warton se detuvo para tomar aliento, secarse la cara y escuchar. Pero tan sólo oyó lo que venía escuchando desde que penetrara en el fiordo. Aquel silencio que por momentos se volvía insoportable.

Volviendo a coger los remos, Warton contorneó la base del acantilado, luego se encaminó, a través de la niebla, en dirección oblicua. Sabía que en aquel rumbo se encontraba la pequeña playa de Trögne.

No tuvo ya que remar mucho, unas quinientas brazas, tal vez. Luego, la quilla de la embarcación tocó fondo con una fuerte sacudida. Allí delante estaba la playa.

Pero la niebla era tan densa y oscura, a pesar de ser media mañana, que no la podía distinguir. Sin embargo, Warton ya no estaba en condiciones psíquicas de esperar. Tomando las altas botas marineras se las calzó nerviosamente, luego cogió el cinto con pistolera y se lo ciñó. Después, aún, cogió el rifle, comprobó maquinalmente lo que sabía de sobras, que estaba cargado y con una bala en la recámara...

Finalmente se colgó en bandolera la cartera de cuero donde

llevaba el incompleto documento de Al Sofar, echóse por sobre la borda y se dejó caer al agua a proa.

Como esperaba, tocó pronto el fondo. El agua, totalmente quieta, le llegaba a las rodillas apenas.

Respirando hondo, Warton echó a caminar. Procurando no hacer ningún ruido. Apenas habría avanzado una docena de pasos cuando salió del agua. La pendiente era tan suave que calculó que la embarcación quedaría totalmente en seco cuando bajase la marea. Por lo demás, la arena era negra, totalmente negra, con un brillo siniestro, y gruesa.

Volviendo sobre sus pasos tomó el cabo de amarre y la pequeña ancla, que clavó con fuerza en la arena. Una vez asegurada someramente la lancha, procedió a encender un cigarrillo y fumar, con todos los sentidos en vilo, la mente muy lúcida.

Enfrente, o acaso a su derecha, debían estar las ruinas de la población. A su izquierda, no demasiado lejos, la minicolina sobre la que se alzaban las de la mansión-fortaleza de los descendientes de Olgerd. ¿Hacia dónde encaminar los pasos?

Era el día adecuado, de acuerdo con lo escrito por Al Sofar. «El primer día de la décima luna, en un año en que tal día caiga en el día de Allah». Era la hora adecuada. «Cuando el sol alcance su cénit y no existan sombras de ninguna clase sobre la Tierra». No había ninguna sombra por la sencilla razón de que era sombra todo.

«El que tenga el poder, si de verdad lo tiene, deberá realizar punto por punto el conjuro. Pero hay de él si...»

Allí se cortaba la frase. Y todo lo que había podido calcular Warton era que, si cometía algún error de cálculo, o de rito, la calavera de Olgerd, se encargaría de darle la debida respuesta. Mucho tiempo había pasado vacilando, buscando soluciones, calculando posibilidades. Ahora ya no podía dar media vuelta...

Lentamente, mientras estaba rumiando impulsos, recelos, posibilidades y planes, la niebla comenzó a alzarse a su alrededor, primero de modo casi imperceptible, después claramente. Pero no se despejó, ni tan siquiera aclaró. Lo que hizo fue levantarse a la altura de los bordes superiores de los acantilados que encerraban como murallas gigantescas el fiordo, para detenerse allí, como un toldo plomizo, y comenzar a destilar una llovizna helada.

Por fin, Warton pudo ver la conformación exacta del fondo del fiordo de Trøgne. Y lo que vio, ciertamente, no era para levantarle el ánimo.

Un espejo quieto de aguas color de acero, con la forma de un corazón, de un diámetro máximo de acaso un tercio de milla. Al lado opuesto los altos acantilados negros se alzaban a pico, lisos

como murallas, tan sólo a pocos metros de la orilla, lo justo para dejar pinas laderas tupidas de bosque, y, en ocasiones, ni eso. En el punto donde el extremo del fiordo se aguza había una escotadura vertical en la conjunción de dos paredes negras. Al pie de la misma semejaba existir un espacio llano que apenas emergía del agua y estaba libre de vegetación. Era el lugar maldito, el tremedal donde su propio hijo, después de asesinarlo, hizo arrojar a Olgerd del vikingo.

Al lado donde se encontraba Warton existían un bosque, una llanada y una población, todo ello en miniatura. El bosque, densísimo, verdinegro, formado por altos árboles que en muchos siglos no conocieron leñador, tal vez cubriría una docena de hectáreas, mitad laderas y mitad llanada, no teniendo más de trescientos metros en su parte más ancha y a todas luces ocupando la mayor del terreno que un día cultivaron los habitantes de Trögne, también incluso, parte de la propia población. De ésta distinguíanse perfectamente los arruinados edificios, mejor dicho sus paredes de piedras negras y maderos podridos, como muñones de leprosos. La zona identificable como restos de la antigua ciudad no ocuparía más de dos hectáreas de terreno. Todavía, al borde del agua, emergían negros pivotes del que fuera embarcadero.

Eso era todo y no había nada más. El lugar más siniestro y solitario del mundo, el más perfecto escondrijo para el tesoro sagrado de los epígonos de la civilización desaparecida muchos milenios antes de que los faraones edificaran la primera pirámide.

Un lugar de espectros espeluznantes, marco perfecto para cualquier horror. Un sitio que con sólo verlo helaba la sangre en las venas. Trögnefiord, maldecido y abandonado, temido y odiado. Silencio, frío, oscuridad...

Y en alguna parte, acechando, disponiéndose a atacar al nuevo y temerario intruso, la calavera de Olgerd, el Guardián Demoníaco...

* * *

Warton no había llegado hasta allí para dar media vuelta de inmediato. Estaba avezado a los peligros, también a los horrores, y le impelía una gran ambición. Así que, sobreponiéndose a las aprensiones que le asaltaban como lobos negros, respiró hondo, pronunció el primer conjuro entre dientes, deteniéndose cuidadosamente en cada palabra y cada imprecación, para no cometer errores funestos, y luego echó a andar.

Fue directamente a la minicolina. Una brisa húmeda se levantó de repente, penetrando en el fiordo. Era sutil, semejaba el roce de un sudario de muerto. La llovizna descendía casi vertical, fina y gélida, azotándole el rostro con menudos contactos. Sus pies se

hundían en la arena relativamente gruesa, negra y brillante, produciendo débiles crujidos. Hacía mucho que un pie humano no hollaba aquella playa y parecía como si las arenas, la brisa y la llovizna protestaran a consuno por la violación.

Ahora, Warton no tenía prisa, ninguna. Alcanzó el borde del riachuelo y comprobó, echándole gujarros, que su profundidad parecía superar la altura de sus botas. Entonces caminó siguiendo la orilla, mientras sus ojos alertados oteaban incesantemente los alrededores. Pero allí todo era silencio, punteado por los chillidos de las aves marinas que parecían anidar a gusto en el interior tranquilo del fiordo, por la voz sorda, siniestra, del agua corriente y un no menos profundo, siniestro, rumor de hojas de árbol removidas.

No tuvo que caminar mucho, apenas un centenar de metros. Había los arruinados vestigios de un puentecillo rústico que saltó en lejanos tiempos sobre el arroyo y emergían, en la corriente silenciosa, muñones verdinegros, roca y musgo, sobre los cuales en un tiempo se asentaron los maderos del puente. Todo era cuestión de un par de saltos ágiles. También arriesgarse a resbalar y dar de lleno en las frías aguas.

Warton calculó cuidadosamente sus posibilidades, después repitió el cálculo. No podía dejar nada al azar. Finalmente, decidió que nada perdía siendo sumamente cauto y continuó remontando la corriente.

No había dado seis pasos cuando, en alguna parte, cerca, pero imposible de localizar, brotó la risa.

Una risa humana, sin lugar a dudas. También una risa espeluznante, demoníaca, sin dudas de ninguna clase. Sonó de golpe y repercutió en el silencio pareciendo elevarse hasta las panzas plomizas de las nubes agarrada a los flecos de llovizna, alejarse como un ave agorera para rebotar contra los acantilados y volar por encima del azogado espejo del fiordo...

Warton sintió como si las venas se le llenaran de hielo antiguo, la piel se le erizó y el vello se le puso de punta mientras se le paraba el corazón. Con ojos fijos y desorbitados buscó el origen de aquella risa salvajemente burlona y cruel, del todo insoportable...

No halló nada. Y la risa satánica cesó tan de repente como había sonado, dejando un silencio aún más siniestro.

Sintiendo el sudor frío brotarle de las axilas, las palmas de las manos, las ingles y la garganta, alrededor de los ojos. Warton respiró con agobio y recitó un nuevo conjuro. Sabía muy bien quién emitió aquella risa..., y por qué. Pero no iba a dejarse desviar tan fácilmente de su plan.

Reanudó la marcha, pesadamente, un tanto encorvado. Había alistado su magnífico rifle y al hacerlo, la risa demoníaca sonó de nuevo, como burlándose de su precaución. Pero tampoco ahora pudo Warton localizar de dónde venía. Era, en realidad, como si brotara de un sitio e instantáneamente de diez más, a todo alrededor suyo, del fondo del arroyo, del hondón del bosque, de las profundidades del fiordo, del vientre de las nubes...

No volvió a sonar mientras remontaba la orilla del arroyo hasta tal punto, ya cerca del negro acantilado, donde era posible vadear la corriente sin dificultades excesivas, saltando sobre unas rocas que la dividían en varios canales espumeantes y rápidos.

No tan fácilmente. Aquellas rocas semejaban también estar impregnadas de maldad. Resbaladizas, brillantes, tapizadas de musgo viscoso, parecieron rechazar al intruso humano que las vulneraba con su pie. Por tres veces estuvo en un tris de que Warton cayera al agua helada y rápida de los canales, sintió, perfectamente, el maligno deseo de las rocas de rechazarlo al agua. Mascullando las imprecaciones cabalísticas que calculó mejor podrían servirle en el trance, logró, fuese por ellas o porque estaba decidido que pasara, llegar a la otra orilla.

Una vez en ella se detuvo, jadeante como si acabara de realizar una dura tarea física, unos minutos, siempre tendiendo oído y avizorando a todo alrededor. Pero no vio, ni oyó, nada fuera de lo normal en el fiordo.

Hasta que, cuando respiraba aliviado, volvió a sonar aquella risa crispadora.

Warton apretó la boca, rechinó los dientes y reemprendió la marcha hacia las ruinas de la casa-fortaleza de los descendientes de Olgerd. De haberse visto la cara habría descubierto que estaba lívido, bajo el atezamiento de su piel. No lo necesitaba para saber cómo se sentía.

Poco a poco, Warton alcanzó el pie de la minicolina. Para descubrirla recubierta de un espeso manto de brezos y helechos con los que se entremezclaba unos extraños arbustos espinosos a media altura, formando el conjunto, una barrera decididamente impasable.

Cuantos intentos realizó fallaron. Era cual si ante él se alzaran los guardianes vegetales llenos de una enconada animosidad. Entre la niebla, los escasos árboles parecían tender hacia él sus ramas negras como tratando de atraparlo y las ruinas sombrías de la casa-fortaleza se esfumaban, reaparecían, volvían a esfumarse, como una burla más a sus esfuerzos.

Le dio la vuelta entera al montículo, sin ningún resultado positivo. Estaba enteramente tapizado de aquella vegetación

hostil. Si alguna vez existió allí un camino, hacía siglos que lo borraron los arbustos, la lluvia, el Diablo.

Las púas de aquellos espinos eran de tal calidad que atravesaban el recio contexto de las botas marineras y no digamos de los pantalones, produciendo heridas crueles. Inútil tratar de apartarlas con las manos; separaba no sin esfuerzo, incluso tronchándolas, algunas ramas y allí delante emergían otras aún más tupidas. Además, cada vez que rompía una rama de arbusto espinoso creía sentir palpar el arbusto en su manos, oír un rabioso quejido. Como si cada uno de ellos fuese un alma condenada...

Finalmente, fatigado, furioso, inquieto, se detuvo en su inútil tarea.

Entonces se escuchó de nuevo la satánica carcajada. Sólo que ahora venía, distintamente de arriba, de las ruinas.

Estremeciéndose, Warton sintió, por vez primera, pavor. Estaba siendo el juguete impotente de una fuerza demoníaca, sin duda. Y lo peor, desconocía el medio adecuado para continuar; en el documento de Al Sofar, en la parte que poseía, no se encontraba ninguna mención de aquel obstáculo, ningún conjuro para superarlo. Debía hallarse en los trozos que le faltaban...

Volver, siguiendo la misma penosa ruta, le llevó una hora y eso para sólo recorrer media milla escasa. Aquella tierra maldecida se estaba oponiendo a él de modo cada vez más evidente...

Una vez en la embarcación tomó la recia hacha y, decidido, volvió sobre sus pasos. Ahora no escuchó más la risa, incluso parecióle que hallaba más facilidades en el terreno.

Cuando se colocó directamente ante la mancha negra que fuera el portón de la casa-fortaleza, empuñó con brío el hacha y se dispuso a golpear al primer espino.

Descargó el golpe con toda su fuerza contra el tronco negro liso. Oyó cómo se quebraba, y distintamente, un quejido que le erizó el vello. El espino cayó...

Y, ante sus ojos, se abrió un sendero.

No era una alucinación. Los espinos, allí delante, estaban replegando sus ramas, si bien permanecían los helechos y los brezos inmóviles. Podía advertirlo perfectamente, era como un reflujó, como si un peine gigantesco trazara una raya en el cabello verdinegro del montículo.

Sintiendo a la vez pavor y angustia, ansiedad, excitación sumas, Warton avanzó, empuñando nerviosamente el hacha.

En efecto, aquello era un camino, una brecha en el infranqueable tapiz de los espinos. Sus piernas no rozaban sino helechos viscosos, brezos húmedos. Las púas heridoras

manteníase inmóviles a ambos lados de la brecha, a cortísima distancia, sin clavársele.

Cuando hizo una prueba, dando media vuelta e intentando regresar, supo cuál era la situación. Porque el muro se había cerrado a sus espaldas, espeso y hostil como nunca. Descargó unos hachazos, abatió algunos espinos, escuchó aquella especie de gemidos espeluznantes..., y la barrera aún se adensó más. Tenía camino hacia lo alto, a las ruinas. No podía volverá la playa. Sencillamente, estaba atrapado.

Sudando frío, con el corazón latiéndole más aprisa que nunca, Warton avanzó hacia las ruinas sin mayores prisas. Ahora sabía lo que le esperaba allí arriba o mejor dicho, allí dentro.

Cuando alcanzó al fin el portón se detuvo, alentando fuerte. Al mirar hacia atrás apenas si consiguió distinguir entre la niebla gris la forma de su embarcación. Tampoco eran apenas visibles las ruinas del pueblo. El bosque era una mancha negro-verde. El aire una suspensión de gotitas de agua. Un frío letal, semejante al del interior de los sepulcros, lo llenaba todo.

El portón era grande. La puerta, de recia madera de abeto reforzada con clavos y bandas de hierro, permanecía. Corroído el metal, podrida la madera, pero permanecía. Los muros eran de un espesor remarcable, manteníanse en casi toda su altura. El edificio había tenido dos plantas únicamente, pero la inferior, de altura bastante considerable. Estrechas ventanas aspilleras veíanse como grietas en la piel de un muerto. La yedra venenosa tupía las paredes.

Cuando Warton empujó el portón casi podrido, con todo el cuidado posible y más aún, dijo el conjuro del Al Sofar tres veces, como indicaba el documento para antes de cruzar el umbral de aquel edificio por donde una vez, ocho siglos atrás, el vikingo Olgerd pasó, llevando personalmente el Tesoro Sagrado. Luego encendió la potente linterna eléctrica.

El rayo luminoso penetró en la carne de las sombras como una espada, que movió y mostró a Warton el interior. Una gran sala, totalmente negra, totalmente vacía, al parecer. Ni siquiera muebles, debían haberse podrido siglos antes.

Avanzó. Despacio, recitando entre dientes los conjuros protectores, moviendo en todas direcciones la linterna.

El piso era de losas cuadradas, grandes, blancas y negras. Las paredes leprosas estuvieron un tiempo cubiertas de tapices. Había muebles, pero eran restos, cadáveres, de muebles, podredumbre pura. Olía a panteón. Una escalera de piedra con pasamanos de madera carcomida llevaba al piso alto. Unas puertas, sin duda, a otras dependencias. Los techos se conservaban casi intactos,

aunque las vigas debían estar podridas. Cada una de aquellas puertas semejava una boca ávida esperando al intruso para devorarlo.

Una fuerza superior a su voluntad empujó a Warton a través de la desnuda sala hacia una de aquellas puertas, que al contrario de las demás parecía conservarse intacta, además, cerrada. Al alumbrarla con la linterna descubrió, que, en efecto, la madera aquella se conservaba en perfecto estado. Y supo por qué al examinarla de cerca. Era madera «palo de hierro», traída, sin duda, de América, indestructible por la humedad. ¿Cuál de los descendientes de Olgerd tuvo el capricho?

Súbitamente descubrió algo que volvió a ponerle en vilo. La negra y brillante superficie de la puerta estaba cuidadosamente cincelada. Y la taracea reproducía, exactamente, el documento de Al Sofar.

Excitado al máximo, Warton se dispuso a buscar allí los trozos del documento que desconocía y descifrarlos. Pero cuando estaba comenzando la tarea, aquella puerta, sin ser por él tocada, giró sobre los goznes como si hubieran sido recién aceitados, hacia dentro.

Warton lanzó entonces el rayo luminoso de su linterna al interior. La luz chocó de lleno contra una gran mesa de la misma madera que la puerta. No había otra cosa, ningún otro mueble, allí dentro.

Bueno, podía haberlos. Pero ahora Warton no los habría descubierto. Su mirada estaba fija en algo que se hallaba sobre aquella mesa, rebrillando como marfil antiguo a la luz que parecía chocar y retroceder allí, en el par de agujeros malignos y salvajemente crueles...

Allí estaba, esperándole, la calavera de Olgerd.

CAPITULO 5

UN balandro deportivo no parecía ser la embarcación más adecuada para lanzarse a aquella excursión, pensó Astrid. Pero cuando Lars Bjorson lo había decidido, así sería.

El le dijo por qué cuando ya estaban enfilando, suavemente, hacia el mar abierto en la parte opalina, con el cielo cubierto por un toldo de nubes aclaradas por una aurora boreal, una brisa no demasiado fuerte del Noroeste hinchando la vela y las pequeñas olas verdinegras encrestadas de espumas.

—El tesoro llegó a Trögnefjord en un barco de vela y quienquiera que intente recuperarlo, deberá encaminarse al Trögnefjord en un barco de vela

Magia pura. Astrid ya iba habituándose a la idea de estar viviendo inmersa en un mundo mágico, del todo diferente, aun pareciendo idéntico, al que hasta entonces conoció. O tal vez, como le dijo Lars Bjorson:

—La ciencia actual ya va admitiendo una serie de supuestos metafísicos hasta ahora considerados puras elucubraciones de ficción. Por ejemplo, la posible existencia de muchos Universos interpenetrados, de distintos tiempos, espacios, dimensiones. Reconocen que, en pura hipótesis científica, nada se opone seriamente a ello. Hay que reconocerles a los distinguidos científicos oficiales una saludable tendencia a dar de lado dogmatismos.

Su ironía contra la ciencia oficial estaba, desde luego, plenamente justificada a juicio de Astrid.

—El Misterio deja de serlo en cuanto se admite esa posibilidad. Un ser bidimensional no podría jamás concebirnos, pero, no obstante su radical deficiencia comprensiva, nosotros, seres tridimensionales, existimos en un Universo tridimensional. Así y por eso mismo, rechazamos a otros seres que no podemos ni concebir, incluso muchos cerebros fuertes rechazan hasta la mera suposición de su existencia. Pero no sólo existen, sino que conviven con nosotros en su propio Universo. Naturalmente, por el mero hecho de pertenecer a una dimensión superior son superiores, cosa que a la estúpida soberbia humana le cuesta demasiado admitir.

También una apabullante verdad.

—Existiendo mundos paralelos, interpenetrados, es claro que en ellos se dan, en todo instante, los mismos acontecimientos, que en el nuestro, pero no exactamente en la misma forma, ni desarrollando las mismas directrices. Te pondré un ejemplo. En

uno de esos Universos la guerra pudo haber terminado con la victoria de los nazis, en otro con una mutua hecatombe nuclear, así hasta el infinito.

Hablar con Lars era para Astrid, lo había sido siempre, un manantial de emociones inagotables. Ahora mucho más, mientras navegaban con buen viento por el tranquilo mar de fiordos, rumbo al de Trøgne, donde les esperaba el Misterio y el Peligro.

—Eso que el vulgo llama magia no es sino otra ciencia diferente. Desde luego que no me estoy refiriendo a las brujerías de pacotilla, tan extendidas y por lo visto necesarias a la brillante civilización de consumo. Esa ciencia, simplemente, sabe que existen otras vías de penetración hacia la Sabiduría, las sigue en silencio, con humildad y fe, tesoneramente. Esa ciencia sabe que los conceptos del Bien y del Mal son meras entelequias, tan variantes como las figuras de la niebla. Bastaría con preguntarse qué pensarán del hombre los animales a los que tortura y sacrifica para su diversión, o su alimentación, caso de que tales animales sean capaces de razonar como sin duda lo son de sufrir. Los códigos humanos de moral son fruto de los mismos hombres y para ellos sólo; pero ni siquiera así han logrado ponerse de acuerdo en su cumplimiento a rajatabla, ya no digamos en su interpretación. Nosotros, los iniciados en eso que se ha dado en llamar Magia, simplemente admitimos, en todo momento y ocasión, la posibilidad de estar equivocados hasta en el que nos parece más firme de los cálculos, aceptamos todo el amplísimo abanico de posibilidades que nos brindan nuestros conocimientos y procuramos ampliarlos sin perder jamás de vista la única verdad: que todo proviene de una misma fuente, a la que, para simplificar, llamaremos Dios. Cualquier camino que hacia El vaya, por tortuoso, oscuro y difícil que parezca, es válido.

Y ésa era la Magia...

—Lo que hace indestructible a la calavera de Olgerd es lo mismo que le impide al alma de Olgerd hallar la paz mientras no se cumpla el ciclo de expiaciones y acontecimientos que desató con su acción. Mirado desde nuestro mundo realista y tridimensional es un absurdo, un imposible. Mirado desde el mundo de la mera superstición es magia negra. Ni una cosa ni otra. Simplemente, Olgerd no ha terminado de morir, su envoltura material, deleznable, puede destruirse y reconstruirse de nuevo tantas veces como sea necesario y en la forma que plazca al reconstructor con poder para ello. Lo imposible en nuestro mundo es sencillo en otro, como es sencillo para nosotros encender la luz eléctrica y sería del todo imposible para un hombre del Paleolítico, que consideraría magia negra casi todo lo

que nosotros realizamos. Te lo repito, todo depende de saber ser humilde y abierto a toda posibilidad de sabiduría superior.

Humilde y ansioso de saber... Dos de los tres pilares básicos que por lo visto cimentaban el edificio donde se acogían los miembros de aquella comunidad de superhombres. El tercero no era menos sencillo; una ilimitada fe en el Supremo Arquitecto de Todo, en Dios. Para Astrid, aún menos que neófita, era cual despojarse de la vieja piel, quedarse en carne viva frente a los elementos desatados a la espera de que surgiera una nueva. Algo así debieron sentir los primeros paganos que se convertían al Cristianismo...

—Estamos acercándonos al Trögnefiord.

Ella jamás estuvo allí. Ahora contempló con inquietud y avidez en aumento los altos acantilados costeros, negros bajo el toldo de nubes opalescentes, sus bases festoneadas de espumas desde la cual les llegaban los sordos fragores de la eterna lucha del mar contra la tierra. Podía ver muchas escotaduras, incluso la boca de un fiordo, y algo más allá, una población pequeña apiñada al resguardo de las tempestades del Norte.

—Esa población es Södelfoss. La boca del Trögnefiord está a diez millas escasas. Pero no entraremos hasta que anochezca.

—¿Y por qué no esperar a mañana? Francamente...

—Esta noche habrá una hermosa aurora boreal, no romperán las nubes y el fiordo estará tan liso como un espejo. Si no sucede así, daremos media vuelta, pues serían malos los presagios.

—¿Presagios?

—Debo usar un lenguaje comprensible, pero debí decirte los signos. Todo está perfectamente regulado, todo ha de ocurrir tal y como se decidió una vez, todo deberá realizarse siguiendo tales pautas.

—¿Tú las conoces? No tienes sino tres pedazos del documento de Al Sofar...

—No necesito ese documento. Quien me ha enviado aquí, ahora, le conoce en sus menores detalles, sabe incluso más, todo lo que está aún por suceder. No vamos a ciegas, Astrid. ¿No te ha resultado algo sorprendente el hecho de que en esta época del año, y en esta zona, naveguemos con tanta suavidad?

—¿Quieres decir... que también podéis dominar a los elementos?

—Yo, no. Otros sí. ¿De qué te extrañas? Incluso los científicos oficiales están seguros hoy día de que en un próximo futuro ellos podrán hacerlo simplemente con sus invenciones. Te digo que mis superiores poseen una sabiduría que supera de modo abrumador a la de esos científicos, poderes que están muy por encima de los

que ellos podrán obtener en un futuro relativamente cercano. Soy sólo un neófito apenas iniciado y podría aturdir con mis conocimientos a los sabios oficiales más eminentes, si me fuera permitido revelárselos, así que calcula aquellos que pudiéramos denominar maestros.

Así debía ser, puesto que navegaban como si estuvieran en mitad del bello y apacible verano, envueltos en aquella claridad espectral, como metidos bajo una cúpula de nácar. A lo lejos podían ver las embarcaciones pesqueras, también algún que otro barco de cabotaje de los que recorrían los fiordos.

—No nos ven. Estamos atravesando por entre ellos, pero en otra dimensión diferente, mejor dicho, navegamos por un Universo paralelo.

—¿Quieres decir..., que estamos transmutados? Si no he notado nada...

—Y nada tenías que notar. Este mar que surcamos en el mismo mar de nuestro mundo, esas barcas, esos vapores, esos acantilados, montes, nubes..., todo es material y tridimensional, tal y como estamos habituados a verlos, sentirlos, tocarlos. Simplemente en un momento dado nosotros y nuestro balandro hemos sido trasladados a otra dimensión paralela, viajamos como ellos, por donde ellos, sólo que no nos pueden ver. Aunque se acerquen a corta distancia somos más transparentes, no existimos para sus ojos y oídos del mismo modo que ocurre con los rayos infrarrojos y los ultrasonidos. Dos cosas que, como bien sabes, existen.

Así que habían trascendido de dimensión..., y sin ella notarlo, ni la más mínima señal. Aturdida, Astrid se dijo que sería mucho mejor para su estabilidad emocional no hacerse demasiadas preguntas, dejarse llevar. La aventura superaba con creces todo cuanto pudiera haber inventado la más calenturienta imaginación. Avanzar, por otra dimensión, hacia el sombrío lugar donde la calavera dotada de vida de un pirata vikingo asesinado más de ocho siglos atrás custodiaba un fabuloso tesoro llegado hasta el presente desde un tiempo y una civilización existentes más allá del umbral de los recursos colectivos, históricos, de la actual Humanidad...

Se detuvieron en mitad del mar, aquel mar que para ellos semejaba tan apacible como de aceite, a corta distancia de los negros acantilados que, semejantes a columnas titánicas, custodiaban la estrecha entrada del Trögnefiord. Sobre ellos cayó lentamente la tarde, hasta quedar todo, mar y cielo, a oscuras, y ni hacía frío ni llovía, la humedad era muy soportable. Cenaron, Lars con apetito, ella, Astrid, con poco. A su alrededor chapoteaban los peces, volaban sobre ellos las gaviotas y los alcaravanes, cortando el aire con sus agudos gritos. El balandro, la vela arriada, parecía no moverse, aunque sin lugar a dudas avanzaban hacia la embocadura del fiordo, paralelos a ella.

—Debes alimentarte. Da de lado inquietudes y excitación, hasta ahora todo va bien.

—Ya lo procuro, pero no resulta fácil. ¿Qué crees que habrá ocurrido con Warton?

—Salió anteayer de Bergen, llegaría ayer por la mañana aquí. Debió de aprovechar la niebla para internarse en el fiordo. Ya lleva treinta horas, exactamente treinta y tres, allí.

—¿Y... habrá muerto?

—Sí.

Quedó un silencio áspero. Astrid no había podido reprimir un escalofrío ante la seca afirmación de Lars. El la miraba con fijeza, leyéndole los pensamientos.

—No debes sentirlo. Se ha cumplido su destino.

—Pero... Es tremendo...

—Sabía lo que arriesgaba, era muy ambicioso, no supo escoger. Vino aquí con el documento de Al Sofar incompleto, tras haber usado el robo, el engaño, el asesinato incluso, para acopiar los fragmentos que poseía. Falto de la adecuada preparación e información, empujado por un satánico deseo de mucho, muchísimo, poder, pero para usarlo en su exclusivo beneficio, lo mismo que antes que él vinieron otros, habrá tenido el mismo fin de ellos.

—¿Crees..., que lo encontraremos... degollado?

—Sin duda. Es algo que deberás afrontar.

Ella volvió a callar. Sentíase intensamente agobiada. Después de todo, Warton la había amado, era, desde el punto de vista humano, un magnífico ejemplar en muchos sentidos. Y ya estaba muerto, degollado por la calavera de Olgerd...

—También cabe que muramos nosotros de la misma manera. Bastará con que se produzca un mínimo error en los cálculos.

Sobresaltada, Astrid miró a su compañero.

—Pero... Pero tú has dicho...

—Que todo está perfectamente programado desde hace mucho

tiempo. En efecto, así es. Pero ni siquiera quienes tal hicieron, ni mis superiores, son infalibles. Nadie lo es sino Dios...

—Entonces...

—Digamos que en estos momentos nuestras probabilidades son noventa contra diez. A medianoche serán noventa y cinco, cuando atraquemos en el fondo del fiordo deberán ser noventa y nueve. Cuando nos enfrentemos con la calavera de Olgerd espero que sean novecientas noventa y nueve entre mil... Más no me atrevo a pedir, ni a esperar.

Noviecintas noventa y nueve entre mil... De repente parecían muy pocas. Astrid jadeó:

—¿Y si..., si resulta esa única...?

—De ti, que no de mí, ni de los demás, dependerá. En este asunto eres la única incógnita.

Astrid respingó aturdida. ¿Ella...?

—No te comprendo. ¿Cómo puedo ser yo...?

—No te lo puedo explicar. Sólo te diré que entre nosotros no hay mujeres por razones que están en la raíz de los conocimientos más profundos y secretos. Sin embargo, por esas mismas razones nada realmente trascendental podemos realizar sin la mediación de una mujer. En este caso, tú eres la elegida. De ti, en última instancia, depende el éxito o el desastre de nuestra misión, triunfaremos o pereceremos juntos, así está decidido. Lo que ni yo, ni quienes decidieron hace ochocientos años todo esto de ahora, sabemos, es cual será la realidad final. Eso se lo reserva Dios.

Astrid sentía como si le apretaran el pecho con vendas mojadas.

—Pero... pero yo... ¿En qué forma, por qué actos, o pensamientos...?

—Tampoco lo sé. Mi situación actual es la de un jefe militar que, conociendo perfectamente el plan estratégico, la fuerza y disposición del enemigo, las características del campo de batalla, todo, depende, en última instancia, de cómo se comportará un ignoto soldado entre los miles a sus órdenes en un determinado momento de la batalla que se va a librar, momento que tampoco puede predecir ni aproximadamente.

Y así estaba el juego planteado...

Terminaron de cenar. Ella recogió y guardó todo, tras limpiar en el agua salada los cubiertos, luego fumaron. Parecían colgados del vacío, balanceándose en la nada, envueltos en silencio y oscuridad. La noche había caído por completo, pero, a pesar de ello y del denso toldo de nubes, no había negrura total, más bien una difusa sombra a todo alrededor. A lo lejos oíase, distinto, el eterno choque del mar contra los acantilados. Allí, también,

fosforescía.

—Si quieres, échate a descansar, te tapas con una manta.

—No tengo ni pizca de sueño.

—De todos modos, relájate lo más posible. Ven, acerca tu frente.

Sus manos eran grandes, suaves. Astrid las conocía muy bien, y sus caricias, aquellas manos habíanle dado mucha felicidad. Ahora cerró los ojos mientras ellas presionaban su frente, metiendo los dedos entre sus cabellos para tantearle determinadas zonas craneales. De modo rápido la invadió un profundo bienestar que se le transmitió a todo el cuerpo, relajándola, trayéndole una somnolencia placentera...

Sin casi darse cuenta, adormecida, se acurrucó contra Lars, que le echó por encima una de las mantas traídas en el equipo, se hizo un ovillo y se quedó dormida en sus brazos, como una niña en los de su padre.

Despertó de golpe, sintiéndose lúcida y descansada. Al abrir los ojos parpadeó, aturdida.

Estaban, ellos y el balandro, como metidos debajo de una cascada de fuego fantasmal que descendía del cielo entoldado. A todo alrededor, aquella luz magnífica, fría, llegando a la superficie del mar, que habíase tornado tan quieta casi como la de un lago en los últimos días del otoño.

Atónita ante tanta belleza, muy superior a cuanto había conocido en las muchas auroras boreales antes contempladas, Astrid miró a su compañero. Le pareció que sus ojos condensaban la luz que caía del cielo, eran más magnetizantes que nunca.

—¿Qué pasa...?

—Es medianoche, ha llegado el momento de entrar en el fiordo. Los signos son totalmente favorables.

Lars izó la vela con movimientos pausados, medidos. Astrid se preguntó para qué, pues no soplaban ni una brizna de brisa. Pero la vela se hinchó despacio, no totalmente, sí lo bastante. Tomando la caña del timón, Lars le indicó que se sentara ante él.

—La marea está creciendo, ella nos empujará dentro del fiordo.

—¿Cómo se hincha la vela, si no hay viento?

—Sí lo hay. No lo notas tú. Suficiente para la vela.

Así debía ser... Astrid se calló y se acomodó en su asiento, tendiendo la atónita mirada sobre la espectral belleza del paisaje.

En efecto, la marea y aquel viento que ella no podía notar, pero que poco a poco parecióle que, en efecto, le removía los cabellos y le rozaba la cara con caricia suave, empujaban al balandro hacia la embocadura del fiordo. Le pareció la entrada a un mundo encantado, los altos pilares rocosos, negros, lisos, brillantes a la

luz de la aurora boreal, separados por un espejo de agua no más ancho de un centenar de brazas.,.

Avanzaban como deslizándose sobre las aguas, cuyo impulso potente Astrid sentía pasar por debajo de la quilla. El silencio se volvió absoluto cuando traspasaron la embocadura del fiordo. Igual que almas llevadas al Mar del Infinito, pensó, estremecida, la joven.

—Mira. Allí.

El aviso de Lars le hizo girar la cabeza veloz. Y se quedó rígida al descubrir lo que él le señalaba.

Algo flotaba, navegaba, cerca de la orilla meridional del fiordo, a cosa de cien brazas ante su proa y una veintena a estribor. Una canoa grande, a motor.

Warton vino al Trögnefiord en una canoa así, le dijo Lars... Astrid sintió como si le recorriera las venas un chorro de hielo y volvióse a su compañero de aventuras, tropezando con su magnética mirada.

—¿Crees?

—Es la suya. Pero no está a bordo.

—¿Cómo lo sabes? Puede estar..., muerto...

Por toda respuesta, Lars movió la caña del timón enfilando hacia la motora, que parecía haber surgido de entre los escollos al pie del acantilado.

No tardaron mucho en abordarla. En realidad, no llegaron a eso, con la punta de un remo Lars mantuvo separada a la otra embarcación lo suficiente para que Astrid pudiera comprobar que a bordo de la misma no estaba Warton.

—De todos modos, echaremos una ojeada.

Mientras ella mantenía el timón, Lars Bjorson saltó a bordo de la motora. No necesitó realizar una inspección ni larga ni minuciosa, aparte de que le constaba la inutilidad de hacerlo.

—No está a bordo. La cuerda del ancla ha sido cortada, sin duda la lancha ha derivado hacia aquí al descender la marea, encallando entre las rocas de la orilla. Al volver a subir, la marea alta la ha liberado.

—¿Qué hacemos con ella?

—Dejarla ir. Warton ya no la necesita, nosotros tampoco.

Poco después, allí arriba se rasgó el toldo de las nubes y todo el esplendor de la aurora boreal penetró hasta el fondo del fiordo, iluminándolo con una fantástica luminosidad helada, prestándole una irrealidad total. El balandro dobló el recodo del fiordo y siguió su lento, pero firme avance como empujado por fuerzas sobrenaturales, en medio de aquel silencio absoluto, sin dejar apenas estela en las aguas de una luminosidad fosforescente, tan

lisas como la superficie de un lago de mercurio, entre los altísimos acantilados negros desde lo alto de los cuales se desflecaban las corrientes de agua como cabelleras de plata y de perlas...

Y luego al cabo de un tiempo que Astrid no habría podido concretar, puesto que para ella y sus sentidos, todo estaba como suspendido, era pura ensoñación irreal, el balandro penetró en el lago interior del fiordo y sus ocupantes pudieron ver, perfectamente, la sombría, siniestra, masa del bosque, las ruinas del pueblo y las de la casa-fortaleza de los descendientes de Olgerd.

Habían alcanzado la meta de su viaje. Ahora también ellos debían afrontar la ordalía final.

CAPITULO 6

LA calavera de Olgerd...

La mano que sostenía la linterna eléctrica sufrió una espasmódica sacudida que hizo vacilar con fuerza el rayo luminoso. Era el reflejo de súbito sobresalto sufrido por Warton.

Unos instantes crueles. Pero rápidamente el americano se sobrepuso, afianzó la luz y apretando los dientes, también la mano derecha sobre el mango del hacha, penetró en la negra habitación manteniendo siempre la luz sobre la inquietante calavera.

Que a su vez parecía estar mirándole, desde la insondable profundidad de sus cuencas vacías, con una satánica complacencia y un reto burlón. Ambos remarcados hasta el paroxismo por la mueca sardónica de la boca.

Porque la calavera de Olgerd estaba completa, o sea que su mandíbula inferior permanecía en su sitio, perfectamente ensamblada con el resto del cráneo. La dentadura también estaba completa. Y qué dentadura...

Rebrillaban los dientes como marfil pulimentado. Dientes grandes, incluso excesivamente grandes, con los caninos algo saledizos, puntiagudos, ligeramente corvos. Era, a no dudarlo, la dentadura de un hombre; pero también tenía algo de salvaje, de feroz.

Todo el cráneo exhalaba, como un efluvio, ferocidad salvaje, vitalidad demoníaca. Era cual si la luz de la linterna al reflejar sobre su pulida superficie de hueso hiciera brotar de ella un resplandor maligno que la envolvía como un aura. Un cráneo claramente dolicocefalo, una mandíbula cruelmente agresiva, potente, la boca salediza, la frente grande, apenas combada, con una hendidura horizontal a todo lo largo, de sien a sien... Una presencia odiosa, terrible, insoportable, desafiante, burlona, emitiendo amenazas...

Con las piernas como de plomo, Warton llegó a un paso de la calavera y clavó en ella la mirada, fascinado por aquellas cuencas negras que irradiaban crueldad, maldad, desdén y sarcasmo, entremezclados. Estuvo así todo el tiempo que pudo.

Y súbito, movido por un irrefrenable impulso, alzó la mano armada con el hacha, descargándola sobre la calavera.

Fue un golpe brutal, dado con toda su alma, con un rabioso deseo de destruir «aquello» para siempre. El mismo, todo su cuerpo, saltó detrás de aquel impulso.

El filo de hacha golpeó de lleno en la mitad del cráneo de Olgerd. Fue un golpe seco, nítido, que retembló, al parecer, con

ecos potentísimos en las paredes y el techo de aquella habitación completamente a oscuras, pues, por algún extraordinario fenómeno físico que Warton no había advertido, la luz de la potente linterna parecía concentrada por entero sobre la calavera, no iba más lejos ni tampoco se expandía su resplandor a los costados.

A aquel golpe, y en el momento que la calavera se partía en dos por la mitad, pero algo oblicuamente, sucedió, instantáneo, un grito terrorífico mucho más porque parecía surgir de allí, de entre los dientes de la calavera. Un grito de odio, ira, burla y amenaza.

Varios dientes saltaron disparados por el filo del hacha, en abanico. Dos de ellos vinieron a golpear a Warton, que sintió su impacto como el de balas. De repente sentíase sumido a un volcán de ira homicida, destructora, no le fue dable controlar sus pensamientos ni sus actos. Como dotado de vida propia, su brazo derecho se alzó de nuevo, y volvió a golpear, una, otra, otra vez, la destrozada calavera, esparciendo esquirlas de hueso, dientes, muelas, por todo alrededor.

¿Cuántas veces Warton descargaría su hacha sobre el cráneo de Olgerd? ¿Diez, veinte, cien? Jamás podría saberlo. Fue una alucinante orgía de ira, un estallido ciego, salvaje, de violencia que brotándole de las profundidades del cerebro le subía por el brazo derecho con descargas continuas, alzando, bajando, alzando, bajando, alzando, bajando..., la mano armada. Y cada nuevo golpe le retumbaba dentro del cráneo como si el hacha estuviera pegándole allí, pero necesitaba seguir golpeando más, y más, hasta que de aquella odiosa calavera sólo quedara un montón de fragmentos imposibles de ensamblar, ni tan siquiera de reconocer.

Cuando aquella salvaje locura cesó, quedó jadeando como un animal, sudando copioso sudor frío, los ojos casi fuera de las órbitas, demudado, contemplando los fragmentos esparcidos de la calavera de Olgerd. Acá un diente, allá una astilla, un puñado de ellas, una muela...

De pronto lo invadió un gran terror. ¿Qué había hecho? Destruir a hachazos la calavera de Olgerd. Pero tal acción no estaba predicha en el documento de Al Sofar, ninguno de los relatos acerca del tesoro sagrado y su guardián maldito indicaba que debiera hacerse así. No obstante, lo había hecho. ¿Y ahora qué? ¿Habría perdido por su acción la posibilidad de encontrar el tesoro?

La calavera de Olgerd, desde luego, no volvería a degollar a nadie. Ningún poder conseguirla reconstruirla partiendo de aquellos informes fragmentos. Y si pudo hacerlo, sin duda fue

porque así estaba escrito, tal vez en la parte que faltaba del documento de Al Sofar...

Pero el documento de Al Sofar estaba reproducido, íntegro en la puerta de aquella misma habitación.

Ninguna duda, era la reproducción, exacta y detallada, del documento de Al Sofar. Sólo que encima de madera negra.

Warton reflexionó a toda prisa. Tenía que descifrar los trozos que le faltaban del documento, para ello había dos caminos. Volver a la canoa, coger papel y lápices, pegar el primero a la madera y seguir los relieves cuidadosamente, sacando un calco exacto, o dibujar inmediatamente, a la luz de la linterna, el trozo de documento, los trozos mejor dicho, que le faltaban, luego ensamblarlos con el original en su poder y estudiarlo tranquilamente.

Para lo primero debía contar con los endemoniados espinos. Antes se cerraron sañudamente a su espalda, impidiéndole retroceder. ¿Harían lo mismo ahora?

Si así era, perdería el tiempo inútilmente. Mejor lo segundo. Traía consigo el documento de Al Sofar, también una libreta grande de notas, y un bolígrafo.

Se puso a la tarea con los cinco sentidos y toda su ansiedad. Acucillado, el bloc de notas en las rodillas, la linterna apuntando directamente a la puerta, trasladó al papel, sin prisas, en total tensión, los endiablados jeroglíficos de uno de los trozos que aún le faltaban. Le dolían los ojos como si se los hubieran llenado de arenilla ardiente cuando terminó, tenía la boca reseca y un ardor febril en las sienes, debió detener su tarea. Y como no quería agotar las pilas de la lámpara, la apagó, tras encender un cigarrillo para satisfacer su necesidad de relajarse y beber un par de largos tragos de la cantimplora con whisky que trajo. No sentía ningún apetito.

Apenas había apagado la linterna cuando por todos los rincones de las ruinas comenzaron a llegar ruidos. Eran ruidos tétricos, espeluznantes, claramente identificables. Como si un tropel de ratas hubieran salido de inmundos albañales y vinieran a devorar al intruso que osaba violar su aislamiento de siglos, el que había destrozado la calavera de Olgerd. Warton pudo escuchar claramente el roce de sus patas furtivas, los chillidos penetrantes, agudísimos, pero como con sordina, cual viniendo de muy lejos de las profundidades... Y también otros roces más cercanos, fríos, viscosos, malévolas presencias tendiendo sus garras de niebla venenosa hacia él, fosforescentes pupilas llenas de odio salvaje apareciendo acá y allá...

Cuando encendió de nuevo la linterna y lanzó su rayo luminoso

como una espada contra el cerco de sombras, todo aquello, cesó, desapareció. Pasándose una mano por la frente notó cómo ardía. Sin duda era presa de un acceso febril —se dijo malhumorado, nervioso—, él que nunca tuvo nervios ni padeció enfermedades, provocado por la excitación por la situación.

De todos modos dejó encendida la linterna, se bebió otro par de tragos largos de licor. En cuanto terminara el cigarrillo copiaría el segundo trozo, que, como el tercero y último, caían hacia el centro del documento, debían ser los más importantes.

Maquinalmente, miró a su reloj-pulsera. Y respingó, sobresaltado. ¿Podrían ser ya las dos de la madrugada? Eran apenas las siete de la tarde cuando penetró en las ruinas de la casa-fortaleza, estaba seguro porque miró la hora, calculando volver a pasar la noche en la canoa.

Pero el reloj marchaba normal. Y arriba, en los trozos de techo rotos, la luz de la linterna, aunque ya débilmente, pudo mostrarle negror total. Había, pues, pasado cerca de siete horas copiando tan sólo un espacio de veinte centímetros por catorce... Y destrozando la calavera de Olgerd.

Fue entonces cuando notó el vivo, pero sordo, dolor acá y allá, en cuatro o cinco puntos de su cuerpo. Un dolor como si le clavaran clavos al rojo, sólo que sin quemarle, más bien como las palpitaciones de llagas purulentas.

Inquieto, se examinó primero el brazo izquierdo. Y descubrió algo en lo que no había parado mientes hasta entonces, un agujero en la manga de la chaqueta.

Era pequeño, entre agujero y rasgadura, como lo que podía haber causado un clavo gordo. Un pequeño agujero...

Warton estaba seguro de que su chaqueta no tenía tal agujero cuando se la puso. Era nueva, recia, de excelente paño. ¿Dónde se habría hecho aquel agujero, y cómo?

Súbito, una sospecha absurda, una idea insensata, le estalló en el cerebro. Sus ojos desviáronse a la parte delantera del pecho, donde le dolía en dos puntos.

Y descubrió otros dos agujeros en el fuerte, excelente paño de su chaqueta nueva de deporte.

Rápidamente se despojó de la prenda. Llevaba debajo un jersey de lana virgen, recién estrenado.

Los agujeros estaban allí.

Y también en la camisa. Cuando se la quitó, lo inconcebible, lo inaudito, lo escalofriante, apareció sobre su propia carne.

En el brazo, en la parte baja del costado izquierdo, casi encima de la tetilla derecha, su piel, su carne, estaban desgarradas, inflamadas, sangrantes y ardorosas. Tres heridas idénticas, las que

pudieran haber producido dientes humanos al morder.

Los dientes de Olgerd que salieron disparados al destrozar la calavera a hachazos, habían atravesado la chaqueta, el jersey, la camisa, llegando hasta su carne para clavarse en ella y causarle heridas infectadas. Los dientes de la calavera.

Que no estaban por ninguna parte entre sus ropas, como pudo comprobar en seguida.

Súbitamente escalofriado, Warton quedó como atontado unos treinta segundos luego de hacer la constatación. Luego reaccionó, con violento reflujo de energía. Sin volver a ponerse la ropa, atrajo el hacha, abrió la puerta, la separó de un empujón y entró en el otro cuarto, lanzando la luz de su linterna sobre la mesa de «palo de hierro».

Estaba vacía. Su lisa superficie negra presentaba claramente las marcas de los hachazos, pero ni la más mínima astilla de hueso, ni un diente, nada, de la calavera de Olgerd estaba allí.

Mientras los ojos desorbitados de Warton permanecían fijos con incredulidad en aquel punto, una demoníaca carcajada de intensas burlas y amenazas entremezcladas estalló allí, en la negra sombra, dentro de la edificación en ruinas, llenándola toda, todo el ámbito del aire, con sus ecos.

La carcajada de la calavera de Olgerd.

* * *

Warton aguardó al día para abandonar la casa-fortaleza. Pero el día resultó un calco exacto del anterior. Una niebla de color de plomo, tan densa que no se podía distinguir nada a seis pasos de distancia, helada, impregnada de humedad, lo cubría todo. Y el silencio era atroz.

Warton sabía ya que su suerte estaba echada, que sólo —al menos a esa esperanza se aferraba— le quedaba una oportunidad. Ahora contaba con la totalidad del documento de Al Sofar, conocía todos sus conjuros. Si no cometía nuevos errores, acaso pudiera vencer, aniquilar, a la calavera de Olgerd.

Lo ignoraba, pero en una noche había envejecido varios años. Y eso que su ánimo era muy templado, lo fue siempre, sin contar con que debió pasar por terribles ordalías. Estaba como lleno de fuego, ardía de fiebre, sin embargo su mente se mantenía increíblemente lúcida. Cinco llagas le quemaban en otros tantos puntos del cuerpo, candentes como brasas, rezumando veneno; las que le abrieron los dientes saltados de la calavera de Olgerd. Habían sido inútiles todos los conjuros del documento de Al Sofar, también sus intentonas empíricas de curarse. Sencillamente eran cinco diminutos volcanes en erupción, apenas profundos

cosa de medio centímetro, que no sangraban porque la sangre se le cuajaba y ennegrecía al llegar allí, pero para abrirse inmediatamente como se abren las capas superiores de una corriente lávica y dejar fluir un licor rojizo, purulento. Todo lo que pudo hacer fue taponárselas con trozos de camisa y vendárselas con tiras de la misma prenda.

Sombrío, torvo más bien, el aventurero americano salió de las ruinas donde pasara la noche más atroz de su existencia y se enfrentó con la niebla cerrada. Apretando la boca, y la mano derecha sobre la empuñadura del hacha, avanzó hacia el malévolos tapiz de helechos, brezos y espinos, dispuesto a abrirse paso hasta la playa como fuera, ahora que sabía dónde exactamente buscar el tesoro sagrado, por el que viniera al Trögnefjord.

Pero al llegar a los matorrales descubrió que había un camino, el mismo que siguiera al llegar el día anterior. Los espinos habían desaparecido en una anchura de un metro, sólo había viscosos helechos y ásperos brezos. Podía pasar sin la menor dificultad.

Lo cual quería decir que la calavera de Olgerd estaba esperándole.

Warton no vaciló. Avanzó a través de los matorrales y la niebla densísima como pudiera hacerlo un toro enfurecido, salió del maligno cerco del montículo y hundió más y más los pies en el encharcado suelo de la parte llana. Al llegar a la orilla del arroyo ya no se molestó en remontar la corriente. Recitó uno de los conjuros recién aprendidos y luego entró en el agua.

Sería el conjuro, sería casualidad. La corriente no le sobrepasó en ningún momento las rodillas. Podía ver, también, que no tuviera fondo. Pero Warton «sabía» que era bastante más profunda, el doble o más, a un lado y a otro de aquel lomo por donde atravesaba.

Llegó al lado opuesto sin mojarse. Pero entonces tuvo una súbita idea. Se desnudó de la cintura para arriba, se quitó los improvisados vendajes y se mojó con la helada agua del arroyo la llaga del brazo, al tiempo que recitaba antiquísimos conjuros usados por magos orientales para curar llagas de todo tipo.

Casi de inmediato sintió frescor, alivio, en su sangre.

Entonces, sin detenerse más, se lavó a manos llenas todo el torso, dejando que el agua a muy pocos grados sobre cero, echada a zarpazos sobre las pequeñas llagas ardorosas, las aplacaran.

Las aplacaron. Tras media hora de aquella extraordinaria terapéutica resultó evidente no sólo que las llagas dejaban de supurar, sino que aquel fuego que le corroía las entrañas, las venas, se apagaba. Entonces se vistió nerviosamente y se

encaminó a zancadas a la playa.

Minutos después descubriría otra tremenda realidad. La canoa en que vino había desaparecido.

No podían caberle dudas de ninguna clase, había tropezado con la pequeña ancla hincada en la arena. Le quedaban dos palmos del dable de cáñamo unidos y el final de aquel trozo de cuerda aparecía roído como si alguien a mordisco pelado, se hubiera entretenido en la tarea por carecer de manos con que sacar el ancla de la arena.

Warton se quedó parado junto al ancla mientras rumiaba despaciosamente la situación y sus ojos erraban incesantes tratando de descubrir indicios de la presencia cercana de su mortal enemigo entre la densa niebla.

No podía caberle dudas acerca de que la noche anterior cometió un grave error al atacar a hachazos la calavera de Olgerd. Creyó haberla destruido, pero era indestructible. Su reacción había sido no sólo aquellos increíbles mordiscos-llaga, sino aquel dejarlo aislado. La canoa, impulsada por el descenso de la marea, debía hallarse ahora muy lejos, probablemente mar afuera. Cuando la encontraran, creerían que sufrió un accidente en mar abierto, nadie iba a pensar en el Trögnefjord.

Era un excelente nadador. Pero sin la protección de una capa de grasa o de un traje especial, ningún nadador conseguiría avanzar a todo lo largo del fiordo hasta el mar abierto, ni siquiera aprovechando el descanso de la marea, al tener el agua del fiordo una temperatura constante cercana al punto de congelación, debido a su encalmamiento y otros factores ambientales. Moriría congelado antes de haber llegado a la desembocadura..., si la calavera de Olgerd no lo atacaba en mitad del fiordo.

Disponía de armas. El hacha, la pistola y el rifle, los últimos cargados. Pero en el Trögnefjord no había nada que cazar. Peces sí, podía sobrevivir alimentándose de ellos. Tratar de llamar la atención de presuntos pescadores disparando tiros. De nada serviría; aún en el supuesto de que se oyese se iban a guardar muy mucho de entrar a averiguar quién disparaba.

Sentóse en la húmeda arena, a la turca, con las armas a mano, sacó el documento de Al Sofar y sus propias copias de los fragmentos que faltaban al original, las encajó cuidadosamente y comenzó a interpretar, por enésima vez, el galimatías cabalístico. Le sobraba tiempo...

Ahora lo que fue su sospecha desde un principio recibía confirmación. Olgerd el vikingo había escondido el tesoro sagrado en la misma base de la escotadura vertical en que terminaba el fiordo, lugar inaccesible a todas luces, especialmente para quien

ignoraba lo que se ocultaba allí, justo a causa del tremedal situado en la base de la escotadura, cerrando todos los accesos a la misma. Hubo, debía seguir habiéndolo, un paso. Muy estrecho, muy peligroso, muy difícil de localizar, pero existía. El documento lo indicaba, aunque sin concretar dónde ni cómo se le podía descubrir.

El lo descubriría. La calavera de Olgerd sabía ya cómo era capaz de reaccionar y, desde luego, no iba a atacarle con tanta facilidad. Por lo pronto, Warton había desembarcado bien preparado. Puesto que las víctimas de la calavera morían degolladas por sus dientes, una gorguera especial, de recio cuero, sería suficiente protección, al menos para el primer ataque, posiblemente imprevisto. Después, el hacha...

La niebla se mantuvo, tenaz durante horas. Luego, como el día anterior, se alzó hasta permitir la visibilidad plena del sombrío fondo del fiordo. Igual que el día anterior, la soledad, el silencio, eran totales.

Esta vez Warton caminó hacia su frente y su derecha, directo al bosque. Y cuando estaba llegando a él, mientras recitaba entre dientes uno de los conjuros, retrocedió, veloz a la playa. La calavera de Olgerd iba a llevarse un chasco si lo esperaba emboscada entre la maleza y la densa arboleda negra, en la oscura sombra verde el bosque. Tendría que salir al descubierto, en la playa, dónde él podría verla de inmediato.

La negra arena de la playa parecía quejarse al recibir la impronta de sus pies. De vez en cuando, el abrupto grito de un ave marina taladraba y a la vez reforzaba, el odioso silencio. A la derecha, el lago terriblemente quieto del fondo del fiordo era un gran espejo de mercurio. A la izquierda, el bosque una muralla verdinegra, leprosa. Encima, las nubes color plomo destilaban sus menudas gotas gélidas...

Todo el camino no era de quinientos metros. Pero allí, en el Trögnefiord, el tiempo tenía por lo visto dimensión distinta. Warton se sintió como si avanzara frenado, al «ralentí», sobre las negras arenas, en aquel espacio sin ruidos. Tampoco importaba demasiado...

Al fin llegó al extremo más profundo de la playa. Hubo de detenerse. Ante él, una como cadena de rocas negras, sucias de líquenes, le cerraban el paso, dejando entre ellas apenas espacio suficiente para que pudiera meterse un hombre. Excelente lugar para emboscarse la calavera de Olgerd...

Warton tenía de nuevo fiebre, pero a la vez sentíase poseído de una feroz energía. Las cinco llagas volvían a arderle cruelmente. Bebiólos restos del whisky, para reforzarse, pero no tiró la

cantimplora, le serviría para recoger agua potable. Llevaba el rifle en bandolera. Sacó la automática, le quitó el seguro y la empuñó con la mano izquierda, mientras su diestra apretaba el mango del hacha con tal fuerza que le emblanquecieron los nudillos.

Volvió a repetir los conjuros y metióse por el paso más ancho entre las rocas.

Nada le sucedió. La calavera de Olgerd no le esperaba allí.

Salió casi en seguida a la orilla del tremedal. Desde las rocas sólo había un trecho de dos pasos evidentemente seguro. Después...

Lodo. Un lodo negro que exhalaba un olor a muladar, recubierto por líquenes y musgos, por plantas parásitas de pantano, entre las cuales se abrían unas flores grandes, de un blanco morbosos, de forma extraña e indudable belleza. Del pantano emanaba calor, tanto como para condensar el vapor de agua sobre y a todo alrededor, en una niebla distinta a la habitual en el fiordo y aumentar la temperatura en bastantes grados. Sin embargo, allí no crecía otra vegetación que los musgos, líquenes y plantas que daban aquellas flores. Un espolón bajo de roca, liso como una muralla y alto de unos cuatro o cinco metros, se desprendía del acantilado, cercano por el lado norte al tremedal. Desde lo alto de aquella muralla natural había sido arrojado el cadáver de Olgerd al lodo negro por orden de su hijo y asesino...

Por el lado sur el tremedal se confundía con el borde alto de la marea, pero al bajar esta dejaba un ancho flanco que no era lodo ni tampoco arena, tan traicionero y peligroso al menos como el mismo tremedal. Lo decía bien claro el documento de Al Sofar. «Donde no es agua, ni arena, ni lodo, no deberás poner los pies o el alma del abismo te succionará...»

El camino, por tanto, se encontraba a ¡o largo del murallón rocoso. Habría que descolgarse, de algún modo, desde el punto donde se unía al acantilado, para seguir pegado al borde del mismo, entre él y el tremedal. O tal vez existiera una escotadura, natural o artificial, en el mismo acantilado, invisible desde este lado...

Porque sin lugar a dudas allí, donde se juntaban los acantilados, donde terminaba el fondo del fiordo, donde se distinguía bastante bien una negra oquedad, estaba, desde hacía ocho largos siglos, el tesoro sagrado, esperando al hombre lo bastante valeroso, audaz y versado en ciencias ocultas para dar con el camino hasta él y vencer a la calavera de Olgerd.

Warton ya no sentía nada, ni fiebre, ni dolor, ni temor. Sólo una violenta, feroz, salvaje, ansia de terminar, de poner sus manos sobre el botín codiciado por tantos años y por tantos

hombres, sí que se movió, cuidadosamente, desde luego, entre las rocas y el tremedal, por la esponjosa arena negra, respirando aquel aire cálido y mefítico, vigilando aquella bruma deformante de todo.

Estaba llegando al borde extremo del muro de basalto cuando sonó la demoníaca carcajada de Olgerd.

Sonó exactamente, encima de aquel muro basáltico. Y al buscarla allí, Warton la vio. Brillando pálidamente entre la bruma, la calavera, intacta, lo contemplaba con su risa sardónica, burlona, amenazante.

Instantáneamente, Warton alzó la pistola y disparó.

Era un excelente tirador, a distancia corta. El proyectil le pegó a la calavera de lleno. Y otra vez sonó aquel escalofriante grito de la noche anterior, cuando Warton le descargó el primer hachazo.

Un instante después la calavera de Olgerd saltaba en la bruma, húmeda, como disparada por el impacto, pero hacia la parte del tremedal. Warton giró y le disparó otra bala, acertándole también. Vio, perfectamente, desprendérsele un trozo del parietal.

La calavera de Olgerd cayó en el tremedal, pero no se hundió. Como algo demasiado horrendo para ser posible, quedó sobre una de las anchas hojas verdes que se extendían sobre el lodo. Y su salvaje risa retumbó en el aire, en los oídos y el cráneo de Warton.

Este, sin vacilar, le disparó de nuevo, dos veces en rapidísima sucesión. Los dos disparos fragmentaron la calavera y todos los fragmentos hundiéronse en el lodo, que los ingurgitó en un siniestro gorgoteo de burbujas estallantes. Luego, nada.

Warton sudaba copiosamente. Se enjugó el sudor. Estaba como mareado y, a la vez, del todo lúcido. Había vuelto a destruir la calavera de Olgerd. ¿Cuántas veces, aún, debería hacerlo de una última etapa, con un valor mágico...?

Se fue al muro basáltico y lo inspeccionó, buscando un medio de subir a la cima. Lo encontró sin demasiadas dificultades, entalladuras muy antiguas, tanto que su superficie estaba redondeada, alisada. Necesitó de toda su habilidad para trepar a lo alto y allí descubrió que el muro natural tenía una anchura de más o menos setenta centímetros en casi toda su longitud, a veces más, a veces menos. Lisa y pulimentada, peligrosa.

Pero era un camino y lo siguió. A un lado, la superficie del negro tremedal con su cubierta vegetal y las constantes, pero pequeñas, burbujas estallando con apenas sonido, ocupaba algo más de un acre de extensión, en apariencia llegaba hasta el mismísimo pie de los acantilados e incluso entraba en la caverna al pie de la grieta terminal. Sin embargo debía existir un paso, era

preciso...

A su espalda, luego a su izquierda, un espacio tupido de la misma vegetación que tapizaba el montículo sobre el que se asentaba la casa-fortaleza, con sus espinos semiocultos entre los helechos. Más allá, el negro bosque...

Avanzando cautelosamente para no resbalar, lo que habría sido el fin de su aventura, Warton recorrió todo el muro basáltico hasta su conjunción con el enorme acantilado. Y al llegar allí comprobó, consternado, que no parecía existir absolutamente ninguna señal de camino hacia el fondo de la grieta, hacia el tesoro.

Rabioso, se arrodilló y buscó, con toda la loca ansiedad que lo embargaba, escudriñando la negra superficie del basalto.

¡Allí estaba el camino!

En efecto, rasgándose de repente la bruma cálida y deformante, le dejó ver, como a un metro por debajo de su posición, una serie de muescas paralelas que se extendían hacia la grieta. No formaban ni siquiera un reborde, se necesitaba algo más que valor para atreverse a avanzar por ellas, encima mismo del tremedal bullente, pero allí estaba el Camino del Elegido...

Warton no lo pensó demasiado. Despojándose del rifle lo depositó sobre la roca y se metió el mango del hacha por el recio cinturón, a la espalda. Luego recitó cuidadosamente los conjuros del documento de Al Sofar. Al terminarlos, se tendió de bruces en la roca y fue echando abajo sus pies —se había quitado las botas, quedándose sólo con los calcetines—, con lo que tanteó hasta encontrar las escotaduras. Una vez afianzado en ellas, inició el peligrosísimo avance.

Treinta y tres metros, ni uno más ni uno menos. Treinta y tres metros por una pared lisa de basalto, sin otros asideros que dos series paralelas de escotaduras en la roca, apenas suficientes para afianzar manos y pies. Las superiores, eso sí, habían sido practicadas dejando un reborde en su parte inferior donde los dedos podían aferrarse. Pero aún así...

Cada avance de un pie, o una mano, llevaba su tiempo. Sólo que el tiempo habíase detenido para Warton. Sudaba a chorros, por el calor desprendido del tremedal tanto como por su propia excitación. Le quemaban los mordiscos de los dientes de Olgerd, le ardían las sienes y la sangre en las venas. Pero estaba llegando al tesoro sagrado, al mayor y más absoluto poder que un hombre podía soñar.

Dos metros. Tres. Diez...

Y de pronto, a su espalda, allí abajo, la satánica risa de Olgerd.

La sangre se le paralizó de golpe a Warton, sus dedos se

engarfiaron en los asideros y el cabello se le erizó. Luego volvióse, muy despacio...

Allí estaba. Encima de la negra superficie de lodo, brillante pálidamente, como una de aquellas flores de venenosa belleza. Mirándole fijo, muy fijo, con su mueca sardónica, y feroz. Completa de nuevo. La calavera de Olgerd. Lo había traído a donde deseaba tenerlo, lo atrapaba inerme, pegado a la roca como una lagartija...

La comprensión estalló en la mente de Warton en el mismo instante en que, con otro de aquellos gritos intensamente malignos, pura furia, la calavera de Olgerd saltaba desde la superficie del tremedal, cual disparada por una catapulta, a la nuca del hombre inmovilizado por la consciencia súbita de su destino allí, contra la pared del basalto.

Warton sintió, perfectamente, el choque. Y cómo los dientes de la calavera atrapaban, feroces, implacables, el borde de aquel collar de recio cuero con que había protegido su cuello, tironeando hacia atrás. Un tirón increíblemente fuerte, como si aquellos dientes poseyeran la fuerza de diez hombres.

Cayó de espaldas, lanzando un terrible alarido de rabiosa agonía que se elevó hacia las nubes y atravesó la bruma húmeda. Cayó sin ser soltado por la calavera y golpeó de lleno, con todo su cuerpo, el lodo negro, que se abrió para abrazarlo con sus garras nauseabundas...

CAPITULO 7

LARS Bjorson maniobró despacio, levando el balandro paralelo a la orilla, pero a cierta distancia de ella. Ambos, él y Astrid, contemplaban el sombrío paisaje del fondo del fiordo atentamente, la joven presa de grandes aprensiones. Y no obstante, Trögne, ahora, tenía una belleza fantástica.

Aún era noche cerrada. La aurora boreal alumbraba el fiordo con su luz fría, espectral. El balandro semejaba encantado, navegando por un mar de plata fundida en un mundo de absoluto silencio...

Finalmente guiado por Lars, dio una vuelta completa a toda la superficie interior del fiordo. Astrid no osaba romper aquel silencio pavoroso, pero al verle seguir hacia la parte por donde llegaron inquirió, susurrante:

—¿Es que no vamos a bajar a tierra?

—Aún, no. Primero hay que cumplir un rito.

Un rito mágico, naturalmente. El balandro dio, una tras otra, siete vueltas completas al lago interior del fiordo, de tal modo que cada una era dada en un círculo más interior que la de antes y, según creyó calcular Astrid, aproximadamente a idéntica distancia unas de otras. Sin duda Lars poseía poderes especiales, o era ayudado por ellos, para lograr tal precisión.

Al terminar la última se hallaban exactamente en el centro del lago. Y comenzaba el reflujo de la marea. Entonces condujo el balandro directamente hacia la desembocadura del arroyo de Trögne.

Parecía una cosa absurda, habiendo una playa bastante grande donde atracar pero Astrid se abstuvo de indicarlo. Todo lo que estaba ahora realizando su compañero era, sin duda, necesario, Magia...

En efecto, Lars metió al balandro derecho en la desembocadura del arroyo, que parecía ser lo bastante profunda para permitirlo, lo arrimó a la parte del montículo, tomó un cabo de la cuerda a cuyo extremo había un extraño garfio de siete brazos. Había arriado la vela al comenzar su avance directo hacia la costa, pero el balandro había venido sin el menor esfuerzo, contra la marea y, después, la corriente del arroyo, a meterse una docena de metros en éste.

Aquel garfio, que Astrid no viera al embarcarse, era de oro puro. Oro puro con un peso de tal vez cinco kilos. Toda su superficie estaba cubierta de inquietantes dibujos cincelados, lo vio al enseñárselo Lars, con leve sonrisa, en respuesta a su gesto de sorpresa.

—Magia...

—Magia pura...

Era la suya una broma suave. Ahora saltó y, de un solo golpe, clavó el garfio en tierra. De inmediato la cuerda se tensó, pero el balandro quedó pegado a la ribera.

—Ya puedes saltar.

Astrid lo hizo con leve repeluzno. Aún era de noche. Sintió cómo la tierra esponjosa se hundía bajo sus pies ligeramente. Sin poderlo evitar, adelantó una mano y aferró con fuerza el antebrazo de Lars Bjorson. El la miró a los ojos y de inmediato le transmitió valor, serenidad.

—Tranquilízate. Seguimos protegidos.

—No puedo evitarlo. Todo este silencio... ¿Dónde, dónde estará la calavera?

—Esperándonos. Acechándonos. No sabe que está tan cerca el cumplimiento de su expiación, pero sí que nosotros no venimos por el mismo camino que todos los demás buscadores del tesoro sagrado. Eso la inquieta y desconcierta. No me refiero a la calavera, sino al alma de Olgerd.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ven.

La tomó con fuerza de la mano, transmitiéndole parte de su energía. Avanzaron, directamente hacia el montículo y la impresionante casa-fortaleza donde estaba aguardándoles la calavera de Olgerd.

Llegaron al maligno tapiz de arbustos que tan tenazmente se opusiera a Warton. Pero los ojos de Astrid sólo vieron helechos y brezos.

—Sigue mis pasos. A ambos lados existen arbustos espinosos de cruel picadura.

¿Cómo lo sabía, si nunca antes estuvo en el Trögnefiord? Como sabía tantas cosas... Obedeció.

Llegaron ante la puerta de las ruinas sin novedad. Allí se detuvieron. Lars la miró a los ojos.

—Veas lo que veas, oigas los que oigas, no se te escape un grito, domina tus impulsos. Sobre todo, no me hagas preguntas, ni hables, en cuanto hayamos entrado aquí. No hasta que volvamos a salir.

—¿Es tan terrible?

—Más que eso. Destruirías nuestras posibilidades de llegar al tesoro. Y no me preguntes por qué.

No lo haría, tampoco gritaría, ni demostraría pánico. No, de ningún modo, aunque estaba sintiéndolo como nunca en su vida, ante lo sobrenatural.

Lars avanzó hacia la carcomida puerta y puso ambas manos sobre ella, pero sin empujarla. Astrid noto que se movían sus labios como si rezara. Sólo fue un minuto, pero le pareció larguísimo. Luego, él empujó y la puerta se movió sin el menor ruido.

Lars no encendió ninguna luz. Pero tras ellos penetró una claridad espectral, que descendía también de lo alto a través de los grandes agujeros de los techos, de modo Indirecto. Astrid vio una enorme sala envuelta en sombras y claridades fantasmagóricas, donde parecían danzar espectros. Se dijo que debían ser sólo restos del mobiliario, escombros..., pero sintió cómo se le erizaba al piel y un pánico agobiante en la garganta, apretándole las vísceras nobles. Porque le pareció sentir el roce de las manos heladas, viscosas, de alientos pútridos, mientras sus oídos hiperexcitados creían escuchar lamentos, roces, crujidos, voces, súplicas, amenazas..., todo ello confuso e inconcreto.

Lars avanzó, impávido, pausado, hacia una puerta cerrada que desprendía un extraño fulgor, leve, pero claramente perceptible, como azufrado. Astrid, pegada a él fuertemente, sin soltarlo de un brazo, descubrió, atónita, que aquella puerta semejaba tan nueva como si la hubieran colocado allí el día anterior. También que parecía estar totalmente esculpida en suaves relieves. Era negra, de un negro brillante. Y al fijarse mejor, mientras Lars volvía a colocar sus manos sobre ella recitando sus silenciosos conjuros, la joven reconoció, aturdida, en aquellos relieves los ya para ella familiares dibujos y jeroglíficos del documento de Al Sofar.

Por fin, él terminó, y se irguió, giró y la miró fijo. Sus ojos tenían un brillo Intensísimo, terrible, como si emitieran luz propia. Le llegó su mensaje telepático al cerebro, con nitidez.

«Tranquila, no te asustes, todo va bien. Ten dominio de ti, vamos a trasponer esa puerta y verás a la calavera de Olgerd».

Tenía que hacerlo, sí, dominarse... Astrid le respondió con el pensamiento y una desmayada sonrisa, también con el nervioso apretón de sus manos. Lars entendió y le sonrió también, una sonrisa honda, apenas esbozada pero intensamente tranquilizadora. Luego le sujetó la mano derecha y manipuló en la puerta negra, abriéndola.

En vilo, Astrid dio un paso tras él al interior. Luego se detuvo, mientras la sangre se le volvía hielo viejo.

Allí estaba... La calavera de Olgerd...

Sobre una mesa de la misma madera que la puerta, emitiendo una fosforescencia fuerte, mirándoles con las órbitas vacías, una mirada de intensa maldad, de receloso desconcierto también, incluso como de ansiedad. Y aquella dentadura de imposible

plenitud, con su mueca sardónica, amenazadora. La calavera asesina de Olgerd, la guardiana maldita del tesoro sagrado...

Podían ser alucinaciones suyas, pero estaba segura de que la calavera de Olgerd se fijaba en ella más que en Lars, de que eran para ella la amenaza, el receloso desconcierto. Lo sintió en los tuétanos. No podía ni siquiera respirar, un sudor helado le estaba brotando de todos los poros de la piel.

Por si fuera poco, Lars la soltó, avanzó tres pasos, se detuvo. Astrid vio perfectamente moverse a la calavera, como para saltarle a Lars a la garganta, quiso gritar y el grito se le congeló en la suya. Quiso moverse y no pudo, sus músculos se habían paralizado. Pero podía ver, y escuchar.

Lars se paró y movió ambas manos con las palmas abiertas hacia la calavera. De sus labios salieron unas palabras de un idioma extraño, sonoro, sumamente agradable, musical, viril.

La calavera se aquietó.

Lars avanzó ahora cuatro pasos. Estaba casi tocando la mesa negra y el fosforescente resplandor que emitía la calavera de Olgerd pareció reflejarle, envolviéndolo en un aura. Pero aquella aura tenía un tono dorado claro, como de sol recién salido. Mantenía las manos tendidas al frente y casi tocaba con ellas a la calavera. Su rostro era como una máscara, de sus ojos salía un intenso fulgor. Volvió a hablar en aquel idioma extraño y hermoso sobre toda ponderación, despacio...

La calavera de Olgerd emitió, claramente, una sorda risa. ¿Risa o gruñido? ¿O tal vez gemido? En él había de todo.

De repente, desapareció. Se fundió con la negrura circundante, como desvaneciéndose en el aire. Y a los oídos de Astrid llegaron los ecos de una risa salvaje terminada en una especie de sollozo.

Estremecida, la joven recuperó el uso de sus sentidos, de su cuerpo. Pero no osó abrir la boca. Lars había perdido también, de golpe, su aura dorada. Ahora estaban envueltos en una oscuridad absoluta, donde sus ojos brillaban como carbunclos magnéticos. Le sintió volver a su lado y cuando sus manos la cogieron se alivió entera en un suspiro largo, largo...

—«Vámonos» —le ordenó él telepáticamente. Luego la sacó de la siniestra estancia.

Cuando retornaron al exterior, Astrid descubrió, atónita, que comenzaba a aclarar el día. ¿Era posible que hubieran permanecido allí dentro al menos un par de horas?

De nuevo podía hablar. Y las palabras le brotaron en torrente, mientras entraba en sus pulmones el aire húmedo, salobre, tonificante, del fiordo. Disparó las preguntas mezcladas con sus impresiones de lo visto, oído y sentido. Lars, sonriente, la

escuchaba. A su alrededor movíase una niebla no muy densa, casi luminosa, con reflejos de nácar, ocultándoles en cierto modo y hasta cierto punto todo lo circundante. El silencio seguía siendo total, remarcado por ruidos de agua murmurante, lengüetazos de mínimas olas contra arenas, algún grito de ave marina...

Pero era de día... Y la calavera de Olgerd se marchó sin atacarles ni causarles daño.

* * *

—Volverá. Aún no sabe otra cosa sino que soy mucho más fuerte e invulnerable que todos los anteriores buscadores del tesoro robado por él. Intuye que voy a arrebatárselo, pero no comprende que venga en nombre de sus legítimos propietarios, me considera otro de su casta. Tú le has desconcertado, es la primera vez que una mujer se atreve a penetrar en sus dominios y retarle. Está furioso por ello.

—Lo noté. Por un instante pensé que me iba a atacar...

—Lo habría hecho, pero se lo impedí. Estarás muy cansada. Volvamos al balandro, comeremos algo. También me encuentro fatigado, ha sido una pugna realmente dura entre la voluntad de Olgerd y la mía.

No hablaron más mientras volvían al balandro, que estaba donde y como le dejaron. Por alguna razón, Astrid sintióse más segura dentro de la frágil embarcación. Le parecía haber vuelto a su mundo. Cuando se lo dijo a Lars, él sonrió.

—No andas muy descaminada. Pero la verdad es que no nos encontramos en nuestra dimensión.

—¿No?

El se lo explicó mientras desayunaban, envueltos en la niebla opalescente y la humedad no excesiva.

—Cuando Olgerd trajo aquí su botín, y ocultó donde jamás nadie lo pudiera encontrar para robárselo, ya sabía a su modo, la verdadera importancia del tesoro que poseía. Ignoraba que con su acción desencadenó un cúmulo de reacciones muy diversas, que ni él ni nadie podían detener. Por ejemplo, creó aquí, en el Trögnefiord, un ensamblamiento de muchos paralelos. El retorno de su largo, infeliz peregrinar, no al mundo que dejó sino a otro, donde un hijo suyo lo asesinó y lo enterró en el tremedal. Desde entonces su alma maldita ha vagado por los diferentes mundos aquí encontrados, sin pertenecer del todo a ninguno, sin encontrar la paz, ni por ende, poder trascender a otro estadio

vital. Tenía una misión que cumplir, debía cumplirla. Para él no han existido ni el tiempo ni el espacio desde el mismo día en que puso sus manos sacrílegas sobre el tesoro, ha vagado sin rumbo ni descanso.

«Cada uno de los ambiciosos que trataron de apoderarse luego del tesoro sagrado, fracasó porque sólo les empujaban malvados impulsos, aunque a algunos también impulsos nobles. Además, porque nadie podía recobrar el tesoro mientras no se completara el ciclo de la expiación. Todos esos hombres, pues, sin darse cuenta, al penetrar en el Trögnefjord atravesaron un umbral por ellos desconocido, pasando a un mundo paralelo. Y en ese mundo al que entraron sólo había sombras, silencio, soledad, frío, hostilidad. Era el reino siniestro de Olgerd, él los aniquiló. Después aparecían en nuestro mundo tridimensional, porque así estaba decidido. Pero nunca nadie, entre los seres vulgares que habitaban en el fiordo de Trögne, pudo presenciar la muerte de los buscadores del tesoro, como tampoco vieron el asesinato de Olgerd el vikingo a manos de su primogénito. Nadie podía vencer a la calavera de Olgerd en su mundo de sombras heladas.

«Pero nosotros hemos traspuesto anoche las puertas de otro mundo paralelo, diferente. Aquí también se halla Olgerd, pero no tiene su salvaje fuerza, su poder incontrastable. Aquí debe refrenarse y escuchar, es lo que ha hecho. Aún no hemos terminado, aún nos queda algo que hacer. Luego, si todo sale bien, como está previsto, Olgerd descansará por fin, nosotros recobramos el tesoro sagrado, que volverá a sus verdaderos dueños para bien de la Humanidad. Nuestra misión habrá terminado, nosotros trascenderemos.

—¿Trascenderemos?

—No te asustes. Trascender no es morir. Toda acción tiene su pago adecuado. Eres, has sido, necesaria para consumir esta tarea. Cuando se consume, serás adecuadamente retribuida. No debes preocuparte ni preguntarme sobre eso, puesto que desconozco cómo serás pagada.

¿Cómo sería retribuida por aquellos hombres tan poderosos y tan sabios? Astrid prefirió no pensarlo. De todos modos, la tarea aún no estaba terminada...

Así era. Una vez comieron, Lars decidió partir.

Avanzaron primero por la playa. No hacía frío, ni viento. La niebla opalescente se mantenía difuminando todo, dándole una apariencia fantasmagórica, irreal. Se desviaron luego, entrando en las ruinas del que fuera pueblo de Trögne.

Eran impresionantes. Las que fueron estrechas callejas aparecían tupidas de vegetación salvaje, que también había roto,

desintegrado, las paredes de los edificios. Estas, negras, húmedas, aparecían cubiertas de líquenes, yedra, yerbajos. Era el más perfecto decorado para una película de miedo, pensó Astrid mientras caminaba fuertemente cogida de la mano de Lars.

Y de repente él se detuvo, avisándole seco:

—Ahí está.

Sobresaltada, pensando en la calavera de Olgerd, Astrid miró, al tiempo que inquiría:

—¿Quién? ¡Oh...!

Lo había visto a su vez.

—Domina los nervios. Si lo prefieres, quédate aquí.

No se quedó. Por nada del mundo habría soltado ahora la mano de Lars. Se adelantó con él, mirando aterrorizada el cuerpo caído allí, en la que fuera plaza principal de Trøgne, delante mismo de las ruinas de la pequeña iglesia.

El cadáver desnudo de Warton.

Estaba caído, en aspa, de cubito supino, con la cabeza extrañamente tronchada y una alucinante expresión de rabiosa agonía. Todo su cuerpo era un puro escorzo agónico, digno del cincel de Miguel Angel.

Tenía destrozada la garganta a dentelladas, estaba completamente desagrado, pero no había ni una mancha de sangre junto a la horrenda herida, tampoco en el resto de su cuerpo donde, sí, veíanse varias pequeñas llagas como podridas, abiertas. Junto a él, veíase una gorguera de cuero abierta.

Permanecieron unos minutos contemplándolo en silencio. Astrid repleta de un horror sin nombre. Después, Lars, reaccionó, llevándosela de allí.

—Vámonos.

Estaba serio, pero no afectado. Ella, Astrid, había visto muertos, bastantes, en los días que era miembro de la Resistencia. Pero esto era distinto, por toda una serie de razones.

—Es..., espantoso —murmuró mientras se alejaban de la plaza enmarcada por ruinas, centrada por el cadáver de Warton. Lars asintió, ceñudo.

—No resulta agradable de ver. Pero él se lo buscó. Por otra parte, estaba decretado.

Con ello la devolvió a la increíble realidad, o a la irrealidad no menos increíble, como se prefiriera, de su propia situación. Estremeciéndose, la joven suspiró, mirándole de reojo, luego inquirió:

—¿No vas a enterrarlo?

—Después, en todo caso. Ahora tenemos cosas más importantes que realizar, las cuales no admiten demora.

Ir por el tesoro, enfrentar nuevamente a la calavera de Olgerd...

Penetraron en el bosque. Y fue como volver a la noble, pero a la profunda noche de los tiempos.

Astrid conocía muy bien los bosques de su patria. Ninguno tan sombrío, salvaje, siniestro, como aquél. Los árboles crecían espesos como trigo, entrelazando sus ramas de tal modo que no permitían pasar apenas la claridad diurna. El suelo entre sus troncos aparecía cubierto por helechos enormes y otras plantas o arbustos, en su mayoría parasitarios, que convertían en titánica la empresa de avanzar. A los diez minutos de estar haciéndolo, Astrid sentíase ya fatigada en grado sumo, como si llevara horas en el empeño. O tal vez las llevaba...

—¿Por qué no hemos ido por la orilla del lago? Allí el camino es fácil.

—Lo es. Por eso siempre lo siguieron aquellos que vinieron, impulsados por la ambición y la codicia, a robar el tesoro sagrado en su propio y exclusivo beneficio.

Todos los que a la postre cayeron degollados por la calavera de Olgerd, como Warton...

Ellos continuaron la penosa travesía del bosque, durante un tiempo que a Astrid se le pareció larguísimo.

Era como avanzar en el principio de los tiempos. Trescientos años de total abandono habían convertido aquel pequeño bosque en una maraña extraordinariamente salvaje de vegetación. Pero no se escuchaba ni el canto de un pájaro, no se distinguía, ni siquiera un insecto. Era un bosque maldito, de pesadilla, mansión del silencio, la soledad y el frío, un frío húmedo que penetraba en los tuétanos, un olor a vegetación pútrida...

* * *

¿Dónde estaría la asesina cabeza de Olgerd? ¿Terminaría ella también sintiendo en su garganta la salvaje presión de aquella dentadura imposible? La erizaba pensarlo...

Y de pronto, el bosque tenebroso acabó. Salieron a un espacio libre de árboles, tupido de helechos, espinos negros y otras plantas de pantano, de termo. No era grande aquella siniestra pradera, terminaba a unos treinta metros de distancia, contra un muro de basalto liso como si lo hubieran pulimentado. A su izquierda alzábase el enorme acantilado negro, más de cien metros a pico, cerrando la visión, también el fiordo. A la derecha

pudo distinguir la plácida superficie del agua como liso papel de estaño.

Respiró a pleno pulmón, libre del agobio del bosque. Entonces descubrió que la temperatura era bastante cálida, como de invernadero, mientras un olor pútrido, no demasiado desagradable, le penetraba por las narices. Miró a Lars. El entendió en el acto su pregunta.

—Estamos al final de nuestra ruta, de cara a la conclusión de todo. Al otro lado de esa roca y esta pradera está el tremedal. Allí, lo que hemos venido a buscar. Ven.

La tomó de la mano otra vez, pero ahora como poseído de una extraña energía que captaron los nervios, el instinto, de Astrid. Y avanzó, impávido, a través de la pequeña pradera de espinos y helechos.

Los primeros se separaron claramente a su avance, doblando las negras ramas llenas de púas afiladas como si poseyeran vida animal. Atónita, angustiada, ansiosa, Astrid atravesó aquella pequeña pradera, sintiéndose hundir en el suelo enlodado, que le succionaba los pies cual tratando de tragársela...

Salieron sin novedad de allí, a un espacio libre de vegetación, casi al extremo del muro basáltico, donde éste continuaba en una sucesión de rocas negras que iban, a su vez, hasta la orilla del agua del fiordo, dejando estrechos pasos entre sí.

Lars se detuvo. De repente parecía agobiado, sombrío, intensamente triste y angustiado. La miró de un modo estremecedor, como si la estuviera viendo por última vez.

—¿Qué ocurre, Lars? No me mires así, me asustas aún más de lo que ya estoy...

—No me ocurre nada. Ven.

—¿El..., está ahí?

—Sí. Nos espera.

La precedió por entre las rocas, se hizo a un lado, dejándola salir al tremedal.

En efecto, allí estaba. Encima de una de las grandes hojas verdes que flotaban en el lodo mefítico, mirándoles con las espeluznantes cuencas vacías, la sonrisa sardónica en su boca imposible, asesina... Allí estaba la calavera de Olgerd.

Una niebla de nácar flotaba sobre el tremedal. Todo era silencio, sobre ellos una luz opalescente, de una claridad indescriptible, descendía del vientre de las nubes quietas.

La calavera de Olgerd emitió una risa ronca, amenazadora, que saliendo por entre sus dientes pareció extenderse hasta llenar los ámbitos del aire con sus ecos y rebotar contra los acantilados.

Y de pronto, saltó.

Astrid, que le miraba fijamente, la vio saltar, como disparada, hacia ella, hacia su garganta. Y gritó, aterrorizada, dando un paso atrás mientras se alzaban sus manos a darse protección.

—¡Por las Siete Palabras Fundamentales, párate!

La voz sonora e imperiosa de Lars Bjornson resonó en el aire lanzando aquella imprecación. Y en el aire se detuvo la calavera de Olgerd, quedando como suspendida.

Astrid lo vio. No podía moverse ahora, no podía gritar, ni respirar, notaba, de repente, un dolorosísimo vacío en el lugar del corazón. Quiso pedir auxilio pero le fue imposible. Una intensa agonía la embargó, una agonía mortal.

Cayó de rodillas, despacio, muy despacio, mientras a su lado Lars Bjornson desgranaba las Palabras Fundamentales, aquellas que simbolizaban toda la sabiduría, todo el poder, de la comunidad de superhombres a que pertenecía; palabras supérstites de una lengua que muchos milenios atrás fue universal y sirvió para que los científicos, los artistas, los sabios, los enamorados también, se intercomunicaran.

Sus ojos, casi fuera de las órbitas, vieron entonces cómo la calavera de Olgerd se transformaba, aprisa, en una cara, a la que Iban saliéndole, cual en una película de dibujos, cuello, hombros, pecho, torso, brazos..., un cuerpo completo. El cuerpo y la cara de un vikingo, el cuerpo y la cara que un día, ocho siglos largos atrás, debieron ser los de Olgerd.

Aquel ser reconstruido por el poder de las Palabras Fundamentales quedó de pie sobre el lodo, sin hundirse en él. Mirándola a ella, no a Lars. Mirándola de un modo extraordinario, atroz.

Y Astrid, de repente, sintió que ella conocía a Olgerd el Vikingo, que no sólo le conocía, sino también lo amó, en alguna ocasión, mucho, con exceso. Y fue correspondida en su amor de un modo total. Ella y Olgerd.

De nuevo habló Lars. Hablaba en aquel idioma tan hermoso con que lo hizo la noche anterior en el castillo de los hijos de Olgerd. Pero ahora, por alguna razón, lo que decía resultábale a Astrid comprensible.

—He venido con ella, Olgerd el Vikingo, Olgerd el Ladrón. Lo que por amor realizaste, por amor deberás restituir, lo que por amor rompiste, por amor deberá ser recompuesto. Ha llegado la hora, el ciclo de la expiación está completo. Ahora dime si aceptas, Olgerd.

El espectro, o lo que fuese, del vikingo se estremeció de —añera visible. Y de su boca bien barbada salieron roncas las palabras, en antiguo nórdico, una lengua que Astrid escuchaba por primera

vez, una voz que volvía a escuchar desde hacía muchos siglos.

—Tú sabes que sí.

—Entonces tómalala, tuya es, como lo fue cuando ambos habitabais la Tierra y erais señores de ese fiordo. Astrid, vete con él, con tu amado y señor, con tu marido Olgerd.

Ahora lo sabía... Ahora los recuerdos volvían a su mente como un tropel de caballos salvajes. Ella había sido, sí, la esposa amada de Olgerd. Ella, también quien le exigió, como prueba de amor, realizar alguna hazaña que ningún otro vikingo hubiera nunca realizado. Y Olgerd, su amado, impetuoso, valiente, temerario, alegre, salvaje, una verdadera fuerza de la Naturaleza, había partido hacia lejanas tierras con su «drakkar» y cincuenta guerreros escogidos, para volver, al cabo del tiempo, trayéndole un fantástico tesoro que había robado en las profundidades de la tierra, en el templo perdido, oculto, le dijo, de una comunidad de sabios allá en las secas y soleadas montañas de Siria...

Luego ella se adornó con aquellas joyas incomparables, sació de golpe su vanidad, su orgullo, su amor. Y murió. Sí, murió de golpe también. Aquellas joyas la quemaron viva, sin casi dolor, sin que ni sus propias manos ni las de su marido, tan fuertes, pudieran quitárselas de encima, porque se le habían incrustado en la carne, semejantes a brasas vivas. Se sintió plenamente morir y supo qué enorme sacrilegio, qué tremendo crimen su esposo amado cometiera para cumplirle el capricho. Por eso sus últimas palabras fueron para pedirle que lo devolviera...

Luego no recordaba más. Un abismo de olvido. Y una nueva existencia, la suya de ahora, en pleno siglo XX. La que iba a terminar aquí, en el tremedal del Trögnefiord.

Se incorporó como una autómatas, sintiéndose súbitamente ligera como la misma niebla, horra de terrores y de sensaciones físicas. Ni siquiera miró a Lars Bjornson, el Sacerdote el Elegido para recuperar el Tesoro Sagrado. El había cumplido lo que le ordenaron, le debía amor, respeto, agradecimiento, por todo lo que en ésta su última existencia le había dado. Pero ahora debía volver con Olgerd, con su esposo... t

Entró en el tremedal y no se hundió. Avanzó tres pasos y tendió ambas manos. Olgerd el Vikingo se las cogió con las suyas, tan fuertes, transmitiéndole un doble chorro de hielo en las venas, que de inmediato volvióse en tibio, gratisimo, calor. Los ojos de acero azul la miraron como en aquella otra vida que compartieron juntos. Y su boca, su amada boca, pronunció su nombre roncamemente:

—Astrid, esposa mía... al fin...

Ella sabía lo que quería decir. Al fin había pagado por su

crimen, su alma liberada encontraría la paz. Ella también, a su lado...

Eran dos figuras extraordinarias suspendidas sobre la misma superficie del pantano. De pronto, el aire llenóse de una vaga armonía, allá arriba se movieron las nubes y una claridad aún no solar descendió.

Ante los ojos de Lars Bjornson, las dos figuras, la de Olgerd y la de su esposa, la bella Astrid, desvaneciéronse como se desvanecen los flecos de la niebla al penetrar en ella el sol. Hasta desaparecer por completo.

Entonces él volvió la mirada, apenas la cabeza, para contemplar, con infinito dolor y amor, el cuerpo inmóvil de Astrid, caída al borde del tremedal, inmóvil, muy blanca, muy muerta.

La música etérea cobró volumen. Era una armonía que parecía llenar cielos y tierra. Una lanzada de sol atravesó las nubes y golpeó con fuerza la superficie del tremedal.

Allí, donde golpeó el sol, se removieron las plantas del pantano, se removió el lodo nauseabundo, y emergió lentamente un arca construida con los metales más nobles de la Creación, algunos de ellos no existentes en la Tierra. Era un arca de figura, contextura, aspecto, inefables. Flotó sobre el lodo que

la ocultara a la codicia y la ambición humanas durante más de ocho siglos, luego se movió, cual por sí misma, hacia el hombre que la estaba esperando.

Que la esperaba llorando para dentro de sí mismo, por la mujer muerta a su lado, precioso pago inevitable por su éxito.

F I N

BIBLIOTECA RAPIDA

GRAN
COLECCION
DE TEMAS
RESERVADA
PARA
EL HOMBRE
DE HOY

DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

TITULOS PUBLICADOS:

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICCION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en America:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33164 U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.